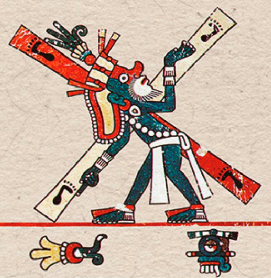


# La filosofía náhuatl

Estudiada en sus fuentes



Miguel León-Portilla



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Miguel León-Portilla  
"II. Imagen náhuatl del universo"  
p. 127-172

*La filosofía náhuatl*  
*Estudiada en sus fuentes*  
Miguel León-Portilla (autor)  
Ángel María Garibay K. (prólogo)

México  
Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Ilustraciones  
(Cultura Náhuatl. Monografías 10)

Primera edición impresa: 1956

Décima primera edición impresa: 2017

Primera edición electrónica en PDF: 2017

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2019

ISBN de PDF 978-607-30-1473-1

<http://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual  
4.0 Internacional

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

2019: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en <http://ru.historicas.unam.mx>. Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL  
HISTÓRICAS  
UNAM

## CAPÍTULO II

### IMAGEN NÁHUATL DEL UNIVERSO

Hemos comprobado en el capítulo anterior la existencia histórica de los *tlamatinime* o filósofos nahuas. Aun cuando no hubiera forma alguna de estudiar su pensamiento, nos constaría por los textos aducidos que hubo entre los antiguos mexicanos hombres dedicados a quehaceres intelectuales que con razón merecieron —por su analogía con los sabios griegos— el calificativo de filósofos. Sin embargo, para fortuna nuestra, quienes nos transmitieron datos acerca de su existencia, particularmente Sahagún y sus informantes, nos hablan también con algún detalle sobre sus ideas y doctrinas. Gracias a esto podremos estudiar ahora directamente, sobre la base de las fuentes ya valoradas, el pensamiento de los *tlamatinime*.

Sus preocupaciones —como lo muestran los textos— versaron sobre el origen y naturaleza del mundo, del hombre, del más allá y de la divinidad. Y siendo precisamente estas ideas los centros fundamentales de referencia del pensamiento humano, creemos conveniente tratarlas por separado, siguiendo la división tradicional de las varias ramas de la filosofía. Este capítulo estudiará su pensamiento acerca del origen, ser y destino del mundo.

Conviene notar desde un principio que la primera formulación de las ideas cosmológicas de los nahuas —al igual que las de los demás pueblos cultos, incluyendo a los griegos— se llevó a cabo a base de metáforas y con los ropajes del mito. Sin embargo, la presencia de mitos no debe desorientarnos. Ya hemos citado a Werner Jaeger, quien sostiene que hay auténtica mitogonía en las filosofías de Platón y Aristóteles. Lo que sucede es que en los primeros estadios del pensamiento racional comienza éste a formular sus atisbos a base de símbolos capaces de cautivar su atención. La elaboración racional es el andamiaje; los mitos ofrecen el contenido simbólico

que hace posible la comprensión. De hecho, aún hoy día nos quedaríamos asombrados al analizar nuestras más bien cimentadas verdades científicas y descubrir todo el simbolismo, las metáforas e incluso los auténticos mitos implicados en ellas.

En el pensamiento cosmológico náhuatl encontraremos, más todavía que en sus ideas acerca del hombre, innumerables mitos. Pero hallaremos también en él profundos atisbos de validez universal. De igual manera que Heráclito con sus mitos del fuego inextinguible y de la guerra, “padre de todas las cosas”, o que Aristóteles con su afirmación del motor inmóvil que atrae, despertando el amor en todo lo que existe, así también los *tlamatinime*, tratando de comprender el origen temporal del mundo y su posición cardinal en el espacio, forjaron toda una serie de concepciones de rico simbolismo que cada vez iban depurando y racionalizando más.

Porque es indudable, como se comprobará en seguida documentalmente, que el pensamiento cosmológico náhuatl había llegado a distinguir claramente entre lo que era explicación *verdadera* —sobre bases firmes— y lo que no rebasaba aún el estadio de la mera credulidad mágico-religiosa. En otras palabras, valiéndonos de nuevo anacrónicamente de un término occidental, el más aproximado para expresar la distinción percibida por los sabios nahuas, diremos que sabían separar lo verdadero —*lo científico*— de lo que no era tal.

Y esto no es una hipótesis. Los textos nahuas lo demuestran. Véase, por ejemplo, el siguiente texto en el que, tratando de sus médicos o curanderos, hacen clara distinción entre los auténticos —los que conocen experimentalmente sus remedios y siguen un método apropiado— y los falsos que recurren a la brujería y a los hechizos:

- 1 El médico verdadero: un sabio (*tlamatini*), da vida;
- 2 conocedor experimental de las cosas: que conoce experimentalmente las hierbas, las piedras, los árboles, las raíces.
- 3 Tiene ensayados sus remedios, examina, experimenta, alivia las enfermedades.
- 4 Da masaje, concierta los huesos.
- 5 Purga a la gente, la hace sentirse bien, le da brebajes, la sangra, corta, cose, hace reaccionar, cubre con ceniza (las heridas).
- 6 El médico falso: se burla de la gente, hace su burla, mata a la gente con sus medicinas, provoca indigestión, empeora las enfermedades y a la gente.

- 7 Tiene sus secretos, los guarda, es un hechicero (*nahualli*), posee semillas y conoce hierbas malélicas, brujo, adivina con cordeles.
- 8 Mata con sus remedios, empeora, ensemilla, enyerba.<sup>1</sup>

Un breve análisis de la primera parte del texto, que se refiere al médico genuino, pone de manifiesto que es un sabio: *tlamatini*; que conoce experimentalmente las cosas: *tlaiximatini*, palabra compuesta que significa el que directamente conoce (*-imatini*) el rostro o naturaleza (*ix-*) de las cosas (*tla-*). Así, conoce sus remedios: hierbas, piedras, raíces, etcétera. Sigue un método: prueba primero el valor de sus medicinas antes de aplicarlas, examina y experimenta. Se mencionan por fin las varias formas que tiene para devolver la salud: dando masaje, concertando los huesos, purgando, sangrando, cortando, cosiendo, haciendo reaccionar a sus pacientes. Forma tan cuidadosa de proceder merece ciertamente un nombre muy semejante al moderno de ciencia. Quien quisiera penetrar más en el estudio de la medicina náhuatl tiene a su disposición el libro X de la *Historia* de Sahagún, los textos nahuas de sus informantes y los interesantísimos trabajos del médico indígena Martín de la Cruz, que terminó su tratado de botánica medicinal en 1552, así como los datos recogidos por el doctor Hernández en los años siguientes hasta el de 1577.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Textos de los informantes de Sahagún, *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VIII, f. 119r; AP I, 13.

<sup>2</sup> El tratado de Martín de la Cruz fue traducido del náhuatl al latín por Juan Badiano, indígena de Xochimilco, con el título de *Libellus de medicinalibus indorum herbis*. Esta obra, descubierta en 1929 en la Biblioteca Vaticana, fue publicada en edición facsimilar por E. Walcott Emmart con el título de *The Badianus Manuscript*, Baltimore, John Hopkins Press, 1940.

Esta misma obra ha vuelto a ser editada en espléndida reproducción facsimilar: Martín de la Cruz, *Libellus de medicinalibus indorum herbis*, manuscrito azteca de 1552, según traducción latina de Juan Badiano. Versión española con estudios y comentarios por diversos autores (Efrén C. del Pozo, Ángel María Garibay K., Justino Fernández, Faustino Miranda, Rafael Martín del Campo, Germán Somolinos y otros), México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1964.

Dos son las ediciones principales que existen de la obra que acerca de plantas terapéuticas y animales de la Nueva España escribió el doctor Francisco Hernández: la llamada edición “romana” de mediados del siglo XVII y la “matritense” de 1790. (Véase la cuidadosa “Bibliografía del Dr. Francisco Hernández, humanista del siglo XVI”, publicada por el doctor Germán Somolinos D’Ardois, en *Revista Interamericana de Bibliografía*, v. VII, n. 1, enero-marzo de 1957, p. 1-76.)

Por otra parte, la figura del falso médico, brujo o *nahual*, burlador de la gente, conocedor de hierbas malélicas, hechicero que adivina con cordeles,<sup>3</sup> muestra claramente lo que ya se ha dicho: uno era el saber basado en el conocimiento y el método y otro el de la magia y hechicerías. Referirse pues a todos los curanderos nahuas como brujos sería fruto de la más completa ignorancia histórica.

Pues bien, esta clara distinción ofrecida por el texto citado de los informantes indígenas, quienes debieron memorizarla sin duda en el *Calmécac*, pone de manifiesto cuál era el tipo de saber, resultado

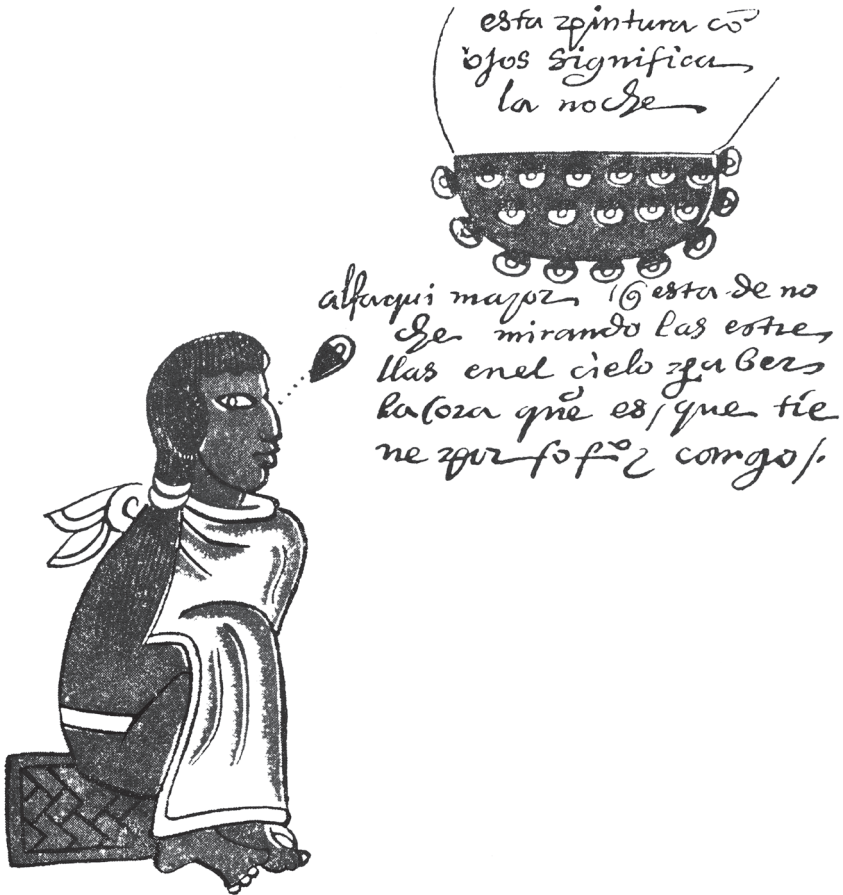
El Instituto de Biología de la Universidad Nacional Autónoma de México publicó (1942-1946) una parte de la obra de Hernández en versión castellana de José Rojo: *Historia de las plantas de Nueva España*, 3 v., México, Imprenta Universitaria, 1942-1946.

A partir de 1959, la Universidad Nacional Autónoma de México ha comenzado a editar las *Obras completas* de Hernández. Hasta el presente (1965) han aparecido tres volúmenes; el primero de ellos con estudios introductorios de José Miranda y Germán Somolinos. En los volúmenes II y III se incluyen íntegros los veinticuatro libros de la *Historia natural de Nueva España*, así como la *Historia de los animales y de los minerales de Nueva España*, que no se habían reunido antes en una sola obra con el resto de los trabajos de Hernández acerca de la naturaleza mexicana.

Escribió también el mismo Hernández, entre otras cosas, un trabajo acerca de las antigüedades de Nueva España, en el que, siguiendo de cerca la *Historia* de Sahagún, ofrece en ocasiones datos allegados directamente por él mismo. Véase la reproducción facsimilar de este trabajo: *De antiquitatibus Novae Hispaniae*, authore Francisco Hernando, medico et historico Philippi II et indiarum omnium medico primario, en "Códice de la Real Academia de la Historia de Madrid", México, Talleres del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1926. Existe versión castellana: *Antigüedades de la Nueva España*, traducción del latín y notas por Joaquín García Pimentel, México, Robredo, 1945.

En relación con los conocimientos sobre anatomía y medicina en general de los nahuas, mencionaremos tan sólo otros tres trabajos de particular importancia: "Estudios farmacológicos de algunas plantas usadas en la medicina azteca", por el doctor Efrén C. del Pozo, en *Boletín Indigenista*, v. VI, p. 350-364; "Influencia indígena en la medicina hipocrática", por el doctor Juan Comas, en *América Indígena*, v. XIV, p. 327-361, en los que se destaca el hecho de la supervivencia, tanto en el plano científico como en el popular, de no pocos conocimientos médicos de los antiguos nahuas; "La anatomía entre los mexicas", por el doctor Rafael Martín del Campo, en *Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*, t. XVII, n. 1-4, diciembre de 1956, p. 145-167.

<sup>3</sup> Motolinía describe así brevemente la forma como adivinaban los hechiceros con cordeles: "También tenían aquellos hechiceros unos cordeles como llavero de donde las mujeres traen colgando las llaves e lanzábanles, e si quedaban revueltos decían que era señal de muerte e si salía alguno o salían extendidos era señal de vida..." Fray Toribio Motolinía, O. F. M., *Memoriales*, París, 1903, p. 126.



Tlamatini observando las estrellas (Códice mendocino)

de observación directa, buscado por los sabios nahuas. Y no es esto de extrañar, si se toma en cuenta el hondo sedimento *racionalizante* que debían dejar en ellos sus observaciones astronómicas y los cálculos matemáticos relacionados con sus dos calendarios.

Porque, como ya lo hemos oído de labios de los mismos indios hablando con los frailes, sus *tlamatinime* se dedicaban a observar y medir el curso de los astros. Sus astrónomos —como se lee en los *Colloquios*— medían con la mano, a modo de sextante, el recorrimiento de los astros por los caminos del cielo.<sup>4</sup> Determinaban el comienzo de la cuenta de los años (*xiuhpohualli*), el orden de la cuenta de los destinos (*tonalpohualli*) y de cada una de las veintenas; sabían precisar las divisiones del día y de la noche y, en una palabra, poseían amplios conocimientos matemáticos para poder entender, aplicar y aun perfeccionar el calendario heredado de los toltecas. Existiendo bien documentados estudios acerca de esto y de la cronología náhuatl en general, no vamos a detenernos aquí en ulteriores consideraciones sobre este punto.<sup>5</sup> Es suficiente haberlo mencionado como una prueba más de que nada tiene de extraño encontrar un genuino pensamiento cosmológico entre quienes tan familiarizados estaban con los cálculos matemáticos exigidos por su astronomía y cronología. Un análisis de algunos de los textos que contienen la expresión mítico-simbólica de las ideas nahuas acerca de la fundamentación del universo, su acaecer temporal y su orientación espacial, pondrá de manifiesto cuáles eran los temas principales de su concepción cosmológica.

<sup>4</sup> *Colloquios y Doctrina Christiana...*, f. 3r; *AP I*, 13. (Edición de Lehmann, p. 97.)

<sup>5</sup> Entre los trabajos sobre este tema puede mencionarse la interesante obra del licenciado Raúl Noriega, *La Piedra del sol y 16 monumentos astronómicos del México antiguo*, 2a. ed., preliminar, México, 1955, en la que, sobre la base de interpretaciones de carácter matemático, descubre no sólo en la *Piedra del sol*, sino en otros varios monumentos prehispánicos, toda una serie de “relojes cósmicos” de asombrosa precisión. Su desciframiento de signos algébricos, factores, multiplicadores, etcétera, en la *Piedra del sol*, merece un detenido estudio de parte de quienes se interesan por el aspecto científico de las antiguas culturas de Mesoamérica.

## LA EXIGENCIA NÁHUATL DE UNA FUNDAMENTACIÓN DEL MUNDO

Hemos encontrado al tratar de los problemas descubiertos por el pensamiento náhuatl un texto en el que, después de proponerse la pregunta sobre cuál es la *verdad* del hombre y de sacar la conclusión de que, si éste carece de *verdad*, nada de lo que se piensa o se afirma en los cantos podrá ser verdadero, abruptamente pasa a plantearse en forma universal y abstracta las dos cuestiones siguientes:

¿Qué está por ventura en pie?  
¿Qué es lo que viene a salir bien?<sup>6</sup>

Y ya se ha visto también, por medio de un análisis lingüístico, que fue precisamente esa preocupación por el “estar en pie” (tener cimientamiento o raíz) respecto de las cosas y del mundo lo que, por un cambio semántico, llevó al concepto de *verdad*.<sup>7</sup>

Era, pues, precisamente la *verdad* del mundo y su destino, o *salir bien*, lo que preocupaba a los *tlamatinime* que se plantearon esas preguntas. Juzgando sin duda que este mundo en el que hasta “el oro y el jade se quiebran” más bien parece un sueño, y no tiene en sí mismo el buscado fundamento, inquirieron acerca de su verdad, en el plano metafísico: *topan*, en el mundo de “lo que está por encima de nosotros”.

Tal orientación metafísica, tomada desde un principio por la cosmología náhuatl, no debe extrañarnos en manera alguna, ya que, si recordamos la historia del pensamiento griego, nos encontraremos con que le es también característico este mismo sesgo metafísico, no exento de un cierto tinte de religiosidad que, comenzando

<sup>6</sup> Ms. *Cantares mexicanos*, f. 10v; AP I, 14.

<sup>7</sup> Véase lo dicho al comentar en el capítulo I el último de los textos aducidos al tratar la *problemática náhuatl*, p. 61.



con Tales, lo hace afirmar que “todo está lleno de dioses” y, concluyendo con Aristóteles, lo lleva a sostener que el motor inmóvil del universo es precisamente la divinidad. Y la razón de esto es que, como ya lo hemos dicho, citando a W. Jaeger, la historia de la filosofía no parece ser sino “el proceso de progresiva racionalización de la concepción religiosa del mundo implícita en los mitos”.<sup>8</sup>

Siendo, pues, nuestro empeño descubrir precisamente los comienzos de este proceso entre los nahuas, analizaremos aquellos textos que por primera vez ofrecen la respuesta a las preguntas planteadas por ellos mismos sobre qué es lo que explica el origen y la fundamentación del mundo y de las cosas. Y aun cuando en no pocos textos y narraciones de los primeros cronistas misioneros hallamos mención de la respuesta forjada por los *tlamatinime* o sabios, creemos que en ningún otro lugar podría tal vez encontrarse tan clara y adecuadamente expresada como en una vieja narración conservada en los *Anales de Cuauhtitlán*. En ella se atribuye simbólicamente a *Quetzalcóatl* —dios, héroe cultural de los toltecas— el hallazgo de la solución buscada. Se señala, con la vestidura del mito, que este descubrimiento es precisamente fruto de la sabiduría, representada por *Quetzalcóatl*:

- 1 Y se refiere, se dice
- 2 que *Quetzalcóatl* rogaba, invocaba, hacía su dios a algo (que está en el interior del cielo.
- 3 A la del faldellín de estrellas, al que hace lucir las cosas;
- 4 Señora de nuestra carne, Señor de nuestra carne;
- 5 la que está vestida de negro, el que está vestido de rojo;
- 6 la que ofrece suelo (o sostiene en pie) a la tierra, el que la cubre de algodón.
- 7 Y hacia allá dirigía sus voces, así se sabía, hacia el lugar de la Dualidad, el de los nueve travesaños con que consiste el Cielo...<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Werner Jaeger, *op. cit.*, t. I, p. 172-173.

<sup>9</sup> *Anales de Cuauhtitlán*, en *Códice Chimalpopoca*, publicado en fotocopia y con versión al español por el licenciado Primo Feliciano Velázquez, f. 4. La versión que ofrecemos ha sido hecha *ex profeso*, ya que la publicada por el licenciado Velázquez se aleja demasiado del texto náhuatl. *AP I*, 15.

*Comentario del texto:*

Línea 1. *Y se refiere, se dice.*

Claramente se indica con estas palabras que se trata de algo conocido por tradición. Muy probablemente “se refería y se decía”, lo que a continuación sigue, en el *Calmécac* o escuela de estudios superiores, en donde la enseñanza se llevaba a cabo “contando” (*pohua*), como decían en náhuatl, lo descrito en los códices.

Línea 2. *que Quetzalcóatl rogaba, invocaba, hacía su dios a algo (que está) en el interior del cielo.*

“Hacía su dios a algo...”, *mo-teo-tiaya*, palabra que literalmente significa *deificaba algo para sí*, o sea, “buscaba para sí a ese dios” que vivía en el interior del cielo.

Línea 3. *A la del faldellín de estrellas, al que hace lucir las cosas.*

No siendo nuestro tema en este capítulo analizar la idea náhuatl de la divinidad, solamente señalaremos que son estos títulos pareados las formas más usuales con que se designa en su doble aspecto a *Ometéotl*: dios de la dualidad o del dúo que, como en seguida se indica, vive en “el lugar de la dualidad” (*Omeyocan*).<sup>10</sup> Los dos primeros nombres con que se designa al principio dual: *La del faldellín de estrellas (Citlalinicue)* y *Astro que hace lucir las cosas (Citlallatónac)*, se refieren obviamente a la doble acción de *Ometéotl*, cuando por la noche hace brillar las estrellas, y cuando de día, identificado con el sol, es el astro que da vida a las cosas y las hace lucir.

Línea 4. *Señora de nuestra carne, Señor de nuestra carne.*

Más claramente aún aparece aquí la ambivalencia de *Ometéotl*: es a un tiempo Señora y Señor de nuestra carne (de nuestro sustento): *To-naca-cíhuatl, To-naca-tecuhtli*.

<sup>10</sup> El designar al principio ambivalente que mora en *Omeyocan* (lugar de la dualidad) con el título de *Ometéotl* (dios dual) no es invención nuestra. Existen varios textos nahuas en los que nos encontramos con que se le da este nombre especialmente cuando se le está designando como principio generador universal. Véanse, por ejemplo, los lugares siguientes: Ms. *Cantares mexicanos*, f. 35v; *Historia tolteca-chichimeca* (Anales de Cuauhtinchan), edición facsimilar de E. Mengin, p. 33.

Línea 5. *la que está vestida de negro, el que está vestido de rojo.*

*La que está vestida de negro: tecolliquenqui; el que está vestido de rojo: yeztlaquenqui.* Literalmente quiere decir: vestido de (color) de sangre. De nuevo los mismos aspectos del dios de la dualidad: la noche y el día, negro y rojo, colores que yuxtapuestos evocan asimismo la idea de sabiduría, como ya se ha indicado al describir la figura del *tlamatini*.

Línea 6. *la que ofrece suelo (o sostiene en pie) a la tierra, el que la cubre de algodón.*

En esta línea se encierra la respuesta al problema de qué es lo que sostiene en pie a la tierra. Es el principio dual, descubierto por la larga meditación simbolizada en la figura de *Quetzalcóatl*. Es *Ometéotl* (dios de la dualidad) quien en su doble forma femenino-masculina: *tlallamánac*, ofrece suelo a la tierra, y *tlallíhcatl*: viste de algodón a la tierra. Cuando en el capítulo siguiente se estudien directamente los rasgos característicos de *Ometéotl*, dios de la dualidad (Señor y Señora de nuestro sustento), se verá cómo no obstante ser claramente un solo principio, una sola realidad, por poseer simultáneamente dos aspectos: el masculino y el femenino, es concebido como núcleo generativo y sostén universal de la vida y de todo lo que existe. Pero de esto nos ocuparemos después. Aquí nos basta haber mostrado que en él se descubre el apoyo que mantiene en pie a la tierra, así como la fuerza que produce los cambios en el cielo y las nubes, tan plásticamente descritas como “lo que cubre de algodón a la tierra”.

Línea 7. *Y hacia allá dirigía sus voces, así se sabía, hacia el lugar de la Dualidad, el de los nueve travesaños con que consiste el cielo.*

Expresamente se menciona aquí el lugar del origen cósmico: el *Omeyocan*, “sitio de la dualidad”, que se afirma está arriba de los “nueve travesaños” que forman los cielos. Notamos de paso que en otros textos, en vez de nueve, se afirma que son doce o, más comúnmente, trece los dichos cielos.

Nadie mejor que *Quetzalcóatl* podría simbolizar entre los nahuas el ansia de explicación metafísica. Su figura, evocadora de mitos, hace pensar en su sabiduría, en su búsqueda de un más allá,

cuando, cayendo en la cuenta de que en esta vida existe el pecado y se hacen viejos los rostros, trató de irse al oriente, hacia la tierra del color negro y rojo, a la región del saber. Aquí lo encontramos todavía en Tula, en su casa de ayunos, lugar de penitencia y oración, a donde se retiraba a meditar. Invocaba, como dice el texto, y buscaba la solución deseada, inquirendo acerca de lo que está en el interior del cielo. Allí, como hemos visto, descubrió su respuesta: es el principio dual, el que a “la tierra hace estar en pie y la cubre de algodón”.

Mas *Quetzalcóatl* no sólo halló en su meditación a *Ometéotl* ofreciendo sostén a la tierra, sino que lo vio vestido de negro y de rojo, identificado con la noche y el día. Descubrió en el cielo estrellado el faldellín luminoso con que se cubre el aspecto femenino de *Ometéotl* y, en el astro que de día hace resplandecer a las cosas, encontró su rostro masculino y el símbolo maravilloso de su potencia generativa. El mundo, el sol y las estrellas reciben su ser de *Ometéotl*; en última instancia todo depende de él. Pero hay que notar, no obstante, que este principio radical, este dios viejo (*Huehuetéotl*), como a veces también se le llama, no existe él solo, frente al universo. Es en su función primordial generativa “madre y padre de los dioses”,<sup>11</sup> o sea que es origen de las demás fuerzas naturales divinizadas por la religión náhuatl. Dando apoyo al mundo, está *Ometéotl* (dios de la dualidad):

- 1 Madre de los dioses, padre de los dioses, el dios viejo,
- 2 tendido en el ombligo de la tierra,
- 3 metido en un encierro de turquesas.
- 4 El que está en las aguas color de pájaro azul, el que está encerrado en nubes,
- 5 el dios viejo, el que habita en las sombras de la región de los muertos,
- 6 el señor del fuego y del año.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> *Madre de los dioses, padre de los dioses: el dios viejo, in teteu inan in teteu ita, in Huehuetéotl*. Así es designado expresamente por los informantes de Sahagún. Fotocopia del libro VI del *Códice florentino*, en poder del doctor Garibay, f. 34r y su paralelo en f. 71v (material náhuatl correspondiente al capítulo XVII del libro VI de la *Historia de Sahagún*).

<sup>12</sup> *Códice florentino, loc. cit.; AP I, 16.*

*Comentario del texto:*

Línea 1. *Madre de los dioses, padre de los dioses, el dios viejo.*

Se enuncia, desde luego, el doble aspecto del principio cósmico (el dios viejo), sostén universal: es madre y padre. Generando y concibiendo en sí mismo, da origen a cuanto existe y, primero que nada, a los dioses.

Línea 2. *tendido en el ombligo de la tierra.*

*Tendido en el ombligo de la tierra: in tlalxicco ónoc.* Analizando el interesante locativo *tlal-xic-co*, se ve que está formado por la desinencia de lugar *-co* (en); el radical de *xic-tli* (*ombligo*); y *tlal* (*li*) (tierra) que, sin glosa alguna, significa “en el ombligo de la tierra”. Señalado dicho sitio como punto donde está tendido (*ónoc*) *Ometéotl*, se está indicando que sustenta al mundo, viviendo precisamente en lo que es su centro, entre los cuatro rumbos cardinales que, como veremos, se asignan a los otros dioses engendrados por él.

Líneas 3-5. *metido en un encierro de turquesas. El que está en las aguas color de pájaro azul, el que está encerrado en nubes, el dios viejo, el que habita en las sombras de la región de los muertos.*

Se afirma en estas líneas la omnipresencia de *Ometéotl*: está en *Omeyocan*, en el ombligo de la tierra, en su encierro de turquesas, en medio de las aguas, entre las nubes, en la región de los muertos. ¿Puede esta afirmación, que encuentra eco en otros textos, inducirnos a afirmar, como lo hace Hermann Beyer en su trabajo citado en la Introducción, que la tendencia más fuerte del pensamiento náhuatl se dirigía hacia el panteísmo?<sup>13</sup> En el capítulo siguiente, al ocuparnos más directamente de la divinidad como la concibieron los *tlamatinime*, trataremos de dilucidar este punto.

Línea 6. *el señor del fuego y del año.*

*El señor del fuego y del año: Xiuhtecuhtli.* Es éste otro título de *Ometéotl*. Brevemente resume así Clavijero los varios aspectos de *Xiuhte-*

<sup>13</sup> Hermann Beyer, “Das aztekische Götterbild Alexander von Humboldt’s”, en *Wissenschaftliche...*, p. 109-119.

*cuhlti*: “señor del año o de la hierba, era el dios del fuego, al cual llamaban también *Ixcozauhqui* que significa semblante amarillo”.<sup>14</sup>

Dando así apoyo a la tierra, desde su ombligo o centro, deja luego *Ometéotl* actuar a los dioses —a las fuerzas cósmicas que ha generado— siendo su madre y su padre, como dice el texto citado. De acuerdo con la antigua relación de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*,<sup>15</sup> cuatro fueron los primeros dioses, desdoblamiento inmediato del principio dual:

- 1 Este dios y diosa engendraron cuatro hijos:
- 2 al mayor llamaron Taclauque Teztatlipuca (*Tlatlahuqui Tezcatlipoca*), y los de Guaxocingo (*Huexotzinco*) y Tascala (*Tlaxcala*), los cuales tenían a éste por su dios principal, le llamaban Camastle (*Camaxtle*): éste nació todo colorado.
- 3 Tuvieron el segundo hijo, al cual dijeron Yayanque (*Yayauqui*) Tezcatlipuca, el cual fue el mayor y peor, y el que más mandó y pudo que los otros tres, porque nació en medio de todos: éste nació negro.
- 4 Al tercero llamaron Quizalcoatl (*Quetzalcóatl*), y por otro nombre Yagualiecatl (*Yoalli Ehécatl*).<sup>16</sup>
- 5 Al cuarto y más pequeño llamaban Omitecitl (*Omitéotl*), y por otro nombre Maquezcoatl (*Maquizcóatl*), y los mexicanos le decían Uchilobi (*Huitzilopochtli*), porque fue izquierdo, al cual tuvieron los de México por dios principal, porque en la tierra de do vinieron le tenían por más principal...<sup>17</sup>

<sup>14</sup> Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, t. II, p. 79.

<sup>15</sup> Es éste, como ya se indicó en las fuentes, un manuscrito cuyo probable autor —en opinión de Garibay y otros varios— es fray Andrés de Olmos. De cualquier manera, su antigüedad no puede ponerse en duda, así como tampoco el hecho de haber sido redactado tomando como base pinturas o códices antiguos y primitivos textos en náhuatl.

<sup>16</sup> El color característico de *Quetzalcóatl*, *Yoalli-ehécatl*, noche-viento, en cuanto dios del occidente es el blanco. *Huitzilopochtli*, a su vez, ocupa aquí el lugar del primitivo *Tezcatlipoca* azul por una trasposición azteca, al tiempo de la quema de los antiguos códices ordenada por Itzcóatl y Tlaacéel, y de la que se tratará en el capítulo V de este libro.

<sup>17</sup> *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, en *Nueva colección de documentos para la historia de México* (publicada por Joaquín García Icazbalceta), III, Pomar-Zurita, Relaciones antiguas, p. 228-229.

Estos cuatro dioses constituyen, como vamos a verlo, las fuerzas primordiales que ponen en marcha la historia del mundo. Desde un principio, el simbolismo de sus colores —rojo, negro, blanco y azul— nos permitirá seguirlos a través de sus varias identificaciones con los elementos naturales, con los rumbos del espacio y con los periodos de tiempo que estarán bajo su influencia. Porque con los cuatro hijos de *Ometéotl* entrarán de lleno en el mundo el espacio y el tiempo, concebidos no como un escenario vacío —unas meras coordenadas— sino como factores dinámicos, que se entrelazan y se implican para regir al acaecer cósmico.

La misma *Historia de los mexicanos* nos ilustra acerca de sus primeras actividades como creadores del fuego, del sol, de la región de los muertos, del lugar de las aguas, allende los cielos, de la tierra y los hombres, de los días y los meses y, en una palabra, del tiempo. Y esto que a primera vista parece contradecir la versión dada por los informantes de Sahagún arriba citada, donde se dice que *Ometéotl* mismo es quien vivifica y da cimiento a todas esas realidades, de hecho, si se examina mejor, más bien podrá decirse que los nuevos datos la clarifican y completan.

Porque los informantes, hablando del mundo ya existente, dijeron tan sólo que *Ometéotl* le daba apoyo hallándose en su ombligo o centro. Refiriéndose a las aguas, a las nubes y a la región de los muertos, sostuvieron también que en todos esos lugares estaba presente *Ometéotl*, pero no precisaron si fue el principio dual por sí mismo o por medio de las cuatro fuerzas cósmicas (sus hijos) como produjo el mundo de la realidad. Esto es lo que precisamente explica la *Historia de los mexicanos*:

- 1 Pasados seiscientos años del nacimiento de los cuatro dioses hermanos, y hijos de Tonacatecli (*Tonacatecuhtli*), se juntaron todos cuatro y dijeron que era bien que ordenasen lo que habían de hacer, y la ley que habían de tener,
- 2 y todos cometieron a Quetzalcóatl y a Uchilobi (*Huitzilopochtli*), que ellos dos lo ordenasen,
- 3 y estos dos, por comisión y parecer de los otros dos, hicieron luego el fuego, y fecho, hicieron medio sol, el cual por no ser entero no relumbraba mucho sino poco.
- 4 Luego hicieron a un hombre y a una mujer: el hombre dijeron Uxumuco (*Oxomoco*), y a ella Cipastonal (*Cipactónal*), y mandáronles

- que labrasen la tierra, y que ella hilase y tejese, y que dellos nacerían los *macehuales*, y que no holgasen sino que siempre trabajasen,
- 5 y a ella le dieron los dioses ciertos granos de maíz, para que con ellos ella curase y usase de adivinanzas y hechicerías, y así lo usan hoy día a hacer las mujeres.
  - 6 Luego hicieron los días y los partieron en meses, dando a cada mes veinte días, y así tenía diez y ocho, y trescientos y sesenta días en el año, como se dirá adelante.
  - 7 Hicieron luego a Mitliltateclet (*Mictlantecuhtli*) y a Michitecaciglat (*Mictecacihuatl*), marido y mujer, y éstos eran dioses del infierno, y los pusieron en él;
  - 8 y luego criaron los cielos, allende del treceno, y hicieron el agua,
  - 9 y en ella criaron a un peje grande que se dice cipoa quacli (*Cipactli*), que es como caimán, y deste peje hicieron la tierra, como se dirá...<sup>18</sup>

Creados ya el fuego y el sol —línea 3—, los hombres y el maíz —líneas 4 y 5—, los días, meses y años —línea 6—, el lugar de los muertos, el de las aguas y el mundo —líneas 7, 8 y 9—, los dioses ponen en marcha la historia del universo.

Identificándose muy pronto el *Tezcatlipoca* rojo con el lugar del oriente, *Tlapalan*, la región del color rojo; el *Tezcatlipoca* negro con la noche y la región de los muertos, situada en el norte; *Quetzalcóatl*, noche y viento, con el oeste, la región de la fecundidad y la vida, y por fin el *Tezcatlipoca* azul —personificado por el *Huitzilopochtli* azteca en Tenochtitlan— ligado con el sur, la región que se halla a la izquierda del sol, cada uno comenzará a actuar desde su centro de acción, situado en uno de los cuatro rumbos del mundo. *Huehuetéotl*, el dios viejo, el principio supremo, observará desde el *Omeyocan* y desde el ombligo de la tierra la acción de los dioses.

Pero la actuación de éstos —como vamos a verlo acudiendo a textos nahuas— es violenta: “los dioses combaten —dice Alfonso Caso— y su lucha es la historia del universo; sus triunfos alternativos son otras tantas creaciones”.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 229-230.

<sup>19</sup> Alfonso Caso, *La religión de los aztecas*, p. 11.

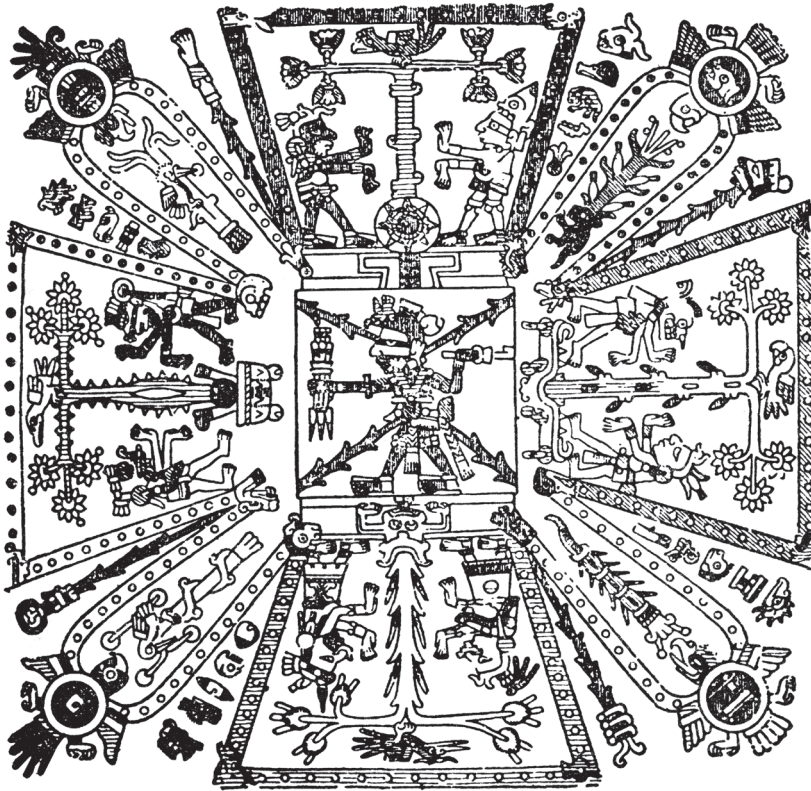


## EL ACAECER TEMPORAL DEL UNIVERSO

La idea de la lucha aplicada antropomórficamente a las fuerzas cósmicas es precisamente la forma encontrada por el pensamiento náhuatl para explicarse el acaecer del universo. Éste ha existido en diversos periodos de tiempo. Al principio, recién creado, hubo un equilibrio de fuerzas: “los cuatro dioses hijos de *Tonacatecuhtli* se juntaron y dijeron que era bien que ordenasen lo que habían de hacer y la ley que habían de tener”.<sup>20</sup>

Mas este primer equilibrio no fue algo estable; las luchas míticas de *Quetzalcóatl* y los varios *Tezcatlipocas* habrán de romperlo. Porque como ninguno de los cuatro dioses existe por sí mismo ni es en realidad el sostén del universo, ya que esto es obra de *Ometéotl*, su condición es también precaria e inestable. Sólo *Ometéotl* —dualidad generadora y sostén universal— está en pie por sí mismo. Sus hijos, los cuatro primeros dioses, son fuerzas en tensión y sin reposo. Llevan en sí mismos el germen de la lucha. En un afán de predominio, cada uno tratará de identificarse con el sol, para regir entonces la vida de los hombres y el destino del mundo. En cada edad de la tierra —en cada sol— predomina uno de ellos, simbolizando a la vez un elemento —tierra, aire, fuego y agua— y uno de los cuatro rumbos del mundo. El breve lapso de tiempo en que logra mantener a raya el influjo de las fuerzas rivales constituye una de las edades del mundo, que a los mortales parecen tan largas. Mas, al fin, sobrevienen la lucha y la destrucción. *Tezcatlipoca* y *Quetzalcóatl* combaten, se eliminan uno a otro y reaparecen de nuevo en el campo de batalla del universo. Los monstruos de la tierra, el viento, el fuego y el agua son las fuerzas que chocan, viniendo con ímpetu desde los cuatro rumbos del mundo.

<sup>20</sup> *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, en *op. cit.*, p. 229.



Los rumbos del universo y sus divinidades (*Códice Fejérváry-Mayer*)

Y así —de acuerdo con una velada dialéctica que en vano pretende armonizar el dinamismo de fuerzas contrarias— se van sucediendo las varias edades del mundo —los soles—, como decían simplemente los nahuas. De entre ellos, los aztecas concibieron el ambicioso proyecto de impedir, o al menos aplazar, el cataclismo que habría de poner fin a su sol, el quinto de la serie. Esta idea, que llegó a convertirse en obsesión, fue precisamente la que dio aliento y poderío a los habitantes de Tenochtitlan, haciendo de ellos como ha escrito Caso:

un pueblo con una misión. Un pueblo elegido. Él cree que su misión es estar al lado del Sol en la lucha cósmica, estar al lado del bien,

hacer que el bien triunfe sobre el mal, proporcionar a toda la humanidad los beneficios del triunfo de los poderes luminosos sobre los poderes tenebrosos de la noche.

Es claro que el azteca, como todo pueblo que se cree con una misión, está mejor dispuesto a cumplirla si de su cumplimiento se deriva el dominio sobre los otros pueblos...

La idea de que el azteca era un colaborador de los dioses; la concepción de que cumplían con un deber trascendental y que en su acción radicaba la posibilidad de que el mundo continuara viviendo, permitió al pueblo azteca sufrir las penalidades de su peregrinación, radicarse en un sitio que los pueblos más ricos y más cultos no habían aceptado, e imponerse a sus vecinos ensanchando constantemente su dominio, hasta que las huestes aztecas llevaron el poder de Tenochtitlán a las costas del Atlántico y del Pacífico...<sup>21</sup>

Tal fue la viviente conclusión descubierta por los aztecas, que pronto pasó a ser una verdadera inspiración mística, unificadora de sus actividades personales y sociales alrededor de la idea de la colaboración con el sol. Como hipnotizados místicamente por el que Soustelle llama “misterio de la sangre”,<sup>22</sup> dirigían sin reposo su esfuerzo vital a proporcionar a los dioses el *chalchíhuatl* o agua preciosa de los sacrificios, único alimento capaz de conservar la vida del sol.<sup>23</sup>

Mas esto, que sin duda constituyó uno de los puntos fundamentales de su religión y aun de su concepción imperialista del mundo, no debe hacernos olvidar su base estrictamente filosófica. Porque si los aztecas sacaron esa conclusión místico-religiosa del antiquísimo mito náhuatl de los soles, en realidad dicho mito en sí —independientemente de sus aplicaciones religiosas— encierra la explicación náhuatl del acaecer cósmico.

<sup>21</sup> Alfonso Caso, “El águila y el nopal”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, t. V, n. 2, p. 103.

<sup>22</sup> Jacques Soustelle, *La vie quotidienne des aztèques...*, p. 275.

<sup>23</sup> Más adelante, al tratar en el capítulo V de este libro acerca del hombre náhuatl como creador de formas de vida, se expondrán con algún detenimiento algunas de las ideas del célebre consejero de los gobernantes mexicas, Tlacaélel, quien parece haber sido el verdadero creador de la “visión místico-guerrera” de los aztecas.

Pasan de diez las crónicas y anales donde se encuentra esta narración, aunque con diversas variantes por lo que al número y orden de los soles se refiere.<sup>24</sup>

La narración que aquí se da, traducida del náhuatl, es la que juzgamos más completa y de mayor interés: la contenida en el manuscrito de 1558. Las razones que nos mueven a preferirla brevemente

<sup>24</sup> Las versiones más conocidas y antiguas son las siguientes:

1) La del *Códice Vaticano A 3738*, con su explicación adjunta en italiano saturado de hispanismos, por el padre Pedro Ríos. *Codex Vaticanus A (Ríos)*. Il manoscritto messicano Vaticano 3738, detto il codice Ríos. Riprodotto in fotocromografía a spese di S. E. il Duca di Loubat per cura della Biblioteca Vaticana, Roma, 1900, f. 4v-7r.

2) La de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* (anterior a 1540). Escrita probablemente por Olmos sobre la base de textos nahuas. En *Nueva colección de documentos para la historia de México*, III, p. 231-236.

3) La de la *Histoire du Mechique*, manuscrito traducido por Thévét (1543), publicado por De Jonghe, en *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, t. II, p. 1-141.

4) La que aparece en los *Memoriales* de Motolinía (anterior a 1545). Fray Toribio Motolinía, O. F. M., *Memoriales*, edición de Luis García Pimentel, México-París, 1903, p. 346-348.

5) La llamada por Paso y Troncoso *Leyenda de los soles*, o también Manuscrito Náhuatl de 1558. Edición de Walter Lehmann (texto náhuatl y versión alemana), *Die Geschichte der Königreiche von Colhuacan und Mexico*, Stuttgart und Berlin, 1938, p. 322-327.

6) La que se incluye en el texto náhuatl de los *Anales de Cuauhtitlán* (recogida antes de 1570). Edición de Walter Lehmann (texto náhuatl y versión alemana), *op. cit.*, p. 60-62.

7) La que ofrece Muñoz Camargo en su *Historia de Tlaxcala* (recogida a fines del siglo XVI). Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, México, 1892, p. 153-154.

8) La incluida por Ixtlilxóchitl en su *Sumaria relación* (principios del siglo XVII). *Obras históricas* de don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, publicadas y anotadas por Alfredo Chavero, 1891-1892, t. I, p. 11-14.

9) La ofrecida por él mismo en su *Historia chichimeca*, *ibid.*, t. I, p. 19-21.

10) La que aparece en su *Historia de la nación chichimeca*, *ibid.*, t. II, p. 21-25.

11) La que puede leerse en la *Piedra del sol*, tal como lo hizo ver don Antonio León y Gama, quien asimismo incluye en su obra *Descripción histórica y cronológica de dos misteriosas piedras que el año 1790 se desenterraron en la plaza mayor de México*, 2a. ed., México, 1832, una versión casi idéntica a la del Ms. de 1558. Según testimonio del mismo León y Gama, se trata de “una historia anónima, en la lengua mexicana, que se halla al fin de la que copió don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, que cita Boturini en el párrafo VIII, número 13 del Catálogo de su Museo”. (*Op. cit.*, p. 94-95.)

Sigue echándose de menos un estudio comparativo y pormenorizado de todas estas versiones de la llamada *leyenda de los soles*. Su análisis y comparación sobre la base de los conocimientos cronológicos nahuas indudablemente arrojará nueva luz acerca de sus ideas cosmológicas. Desgraciadamente no podemos adentrarnos aquí en semejante investigación, tema ya de por sí de una obra aparte.

pueden reducirse a tres: 1) Su antigüedad, pues aun cuando fue escrita en 1558, la forma de redacción, en la que continuamente se repiten expresiones como “aquí está...”, al lado de fechas yuxtapuestas, claramente indican que se trata de la explicación de un viejo códice indígena. Por otra parte —como opina Lehmann—, es más que probable que dicha narración de los soles formó parte de los documentos recogidos por Olmos. 2) El hecho de que concuerden con ella el monumento prehispánico conocido como *Piedra del sol* y la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, tanto en lo que se refiere al número como al orden en que van sucediéndose los diversos soles. 3) Es el texto náhuatl de los soles que más detalles de interés nos conserva.<sup>25</sup>

La versión castellana que damos a continuación del documento de 1558, siendo lo más apegada posible al texto náhuatl, pretende reflejar hasta donde se pueda el carácter de descripción de un viejo códice azteca que se trasluce en el texto original:

- 1 Aquí está la relación oral de lo que se sabe acerca del modo como hace ya mucho tiempo la tierra fue cimentada.
- 2 Una por una, he aquí sus varias fundamentaciones (edades).
- 3 En qué forma comenzó, en qué forma dio principio cada Sol hace 2513 años —así se sabe— hoy día 22 de mayo de 1558 años.
- 4 Este Sol, 4 tigre, duró 676 años.
- 5 Los que en este primer Sol habitaron, fueron comidos por *ocelotes* (tigres), al tiempo del Sol, 4 tigre.
- 6 Y lo que comían era nuestro sustento —7 grama— y vivieron 676 años.
- 7 Y el tiempo en que fueron comidos fue el año 13.
- 8 Con esto perecieron y se acabó (todo) y fue cuando se destruyó el Sol.
- 9 Y su año era 1 caña; comenzaron a ser devorados en un día —4 tigre— y sólo con esto terminó y todos perecieron.
- 10 Este Sol se llama 4 viento.
- 11 Estos, que en segundo lugar habitaron en este segundo (Sol), fueron llevados por el viento al tiempo del Sol 4 viento y perecieron.

<sup>25</sup> Tomado esto en cuenta, remitimos a quien pretenda un estudio más pormenorizado del texto en cuestión a la introducción escrita por Walter Lehmann en su versión paleográfica náhuatl con traducción al alemán de los documentos que publicó bajo el título de *Die Geschichte der Königreiche von Colhuacan und Mexico*. Text mit Übersetzung von Walter Lehmann, en *Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas*, Bd. I, Stuttgart und Berlin, 1938, p. 1-37.

- 12 Fueron arrebatados (por el viento), se volvieron monos;  
 13 sus casas, sus árboles todo fue arrebatado por el viento,  
 14 y este Sol fue también llevado por el viento.  
 15 Y lo que comían era nuestro sustento.  
 16 12 serpiente; el tiempo en que estuvieron viviendo fue 364 años.  
 17 Así perecieron en un solo día llevados por el viento, en el signo  
 4 viento perecieron.
- 18 Su año era 1 pedernal.  
 19 Este Sol 4 lluvia era el tercero.  
 20 Los que vivieron en la tercera (edad) al tiempo del Sol 4 lluvia  
 también perecieron, llovió sobre ellos fuego y se volvieron guajo-  
 lotes (pavos),  
 21 y también ardió el Sol, todas sus casas ardieron,  
 22 y con esto vivieron 312 años.  
 23 Así, perecieron, por un día entero llovió fuego.  
 24 Y lo que comían era nuestro sustento.  
 25 7 pedernal; su año era 1 pedernal y su día 4 lluvia.  
 26 Los que perecieron eran los (que se habían convertido en) gua-  
 jolotes (*pipiltin*),  
 27 y así ahora se llama a las crías de los guajolotes *pipil-pipil*.
- 28 Este Sol se llama 4 agua, el tiempo que duró el agua fue 52 años.  
 29 Y estos que vivieron en esta cuarta edad estuvieron en el tiempo  
 del Sol 4 agua.  
 30 El tiempo que duró fue de 676 años.  
 31 Y cómo perecieron: fueron oprimidos por el agua y se volvieron  
 peces.  
 32 Se vino abajo el cielo en un solo día y perecieron.  
 33 Y lo que comían era nuestro sustento.  
 34 4 flor; su año era 1 casa y su signo 4 agua.  
 35 Perecieron, todo monte pereció,  
 36 el agua estuvo extendida 52 años y con esto terminaron sus años.
- 37 Este Sol, su nombre 4 movimiento, éste es nuestro Sol, en el que  
 vivimos ahora,  
 38 y aquí está su señal, cómo cayó en el fuego el Sol, en el fogón  
 divino, allá en Teotihuacán.  
 39 Igualmente fue éste el Sol de nuestro príncipe, en Tula, o sea de  
*Quetzalcóatl*.<sup>26</sup>

<sup>26</sup> *Documento de 1558*, en la edición bilingüe (náhuatl-alemán) de W. Lehmann, *op. cit.*, p. 322-327; AP I, 17.

- 40 El quinto Sol, 4 movimiento su signo,  
41 se llama Sol de movimiento porque se mueve, sigue su camino.  
42 Y como andan diciendo los viejos, en él habrá movimientos de tierra, habrá hambre y con esto pereceremos.<sup>27</sup>

### Comentario del texto:

Línea 1. *Aquí está la relación oral de lo que se sabe acerca del modo como hace ya mucho tiempo la tierra fue cimentada.*

“La relación oral de lo que se sabe”: *tlamachilliz-tlatolzazanilli*. Es éste un compuesto en el que nos volvemos a encontrar la palabra *tlamachilliztli* que, como se ha indicado en el capítulo anterior, significa “sabiduría” en sentido pasivo: *sabiduría sabida*, o sea, la tradición. Se expresa aquí claramente lo que es característico de todo saber de la antigüedad. Es un conocimiento recibido de palabra —en el *Calmécac*, lugar donde se daban “las relaciones orales de lo que se sabe”.

Línea 2. *Una por una, he aquí sus varias fundamentaciones (edades).*

Para expresar lo que hemos traducido como “fundamentaciones”, se usa en el texto náhuatl la palabra *i-tlamamanca*, compuesta del prefijo *i-* (de ella, de la tierra) y del sustantivo verbal *tlamamanca* derivado del verbo *mani*: permanecer, estar permanentemente. A la letra, pues, la voz *tlamamanca* significa el resultado de las acciones por las que queda hecha permanentemente la tierra, o sea, sus *fundamentaciones*.

Con mayor precisión que Del Paso y que don Primo F. Velázquez, tradujo así Walter Lehmann la mencionada frase: *in einzelnen (Weltaltern) ihtere Gründungen (erfolgten)*: “en sendas edades ocurrieron sus fundamentaciones”.<sup>28</sup> Lo cual está en perfecta armonía con la idea náhuatl que hemos encontrado anteriormente de la necesidad “de sostener en pie” o cimentar al universo, ya que como vimos se aplicó precisamente a *Ometéotl* (dios de la dualidad) el título de *Tlláámanac* que a la letra significa “el que da cimiento o sostén a la tierra”.

<sup>27</sup> Las líneas 40 a 42 están tomadas del texto de los *Anales de Cuauhtitlán* (edición de W. Lehmann), p. 62; *AP I*, 17.

<sup>28</sup> Walter Lehmann, *Die Geschichte der Königreiche von Colhuacan und Mexico*, p. 322.

Línea 3. *En qué forma comenzó, en qué forma dio principio cada Sol hace 2513 años —así se sabe— hoy día 22 de mayo de 1558 años.*

Es ciertamente indicio del afán náhuatl de precisión, adquirido por el manejo constante de sus dos calendarios, la presencia aquí de fechas. Junto a la del día en que se narra la historia —22 de mayo de 1558—, se señala el año en que se cree tuvo lugar el comienzo de las varias edades cósmicas.

Con frecuencia nos iremos encontrando fechas, dadas en función del *xiuhpohualli* o cuenta de los años. Igualmente se indica, haciéndose referencia a sus cálculos astrológicos, el signo del *tonalámatl* que corresponde a las varias edades y cataclismos. Todo esto pone de manifiesto que, aun cuando la dialéctica de la evolución de los soles está revestida del mito, se sigue en su exposición un cuidadoso método cronológico, lo que supone un auténtico pensamiento racionalizante y sistematizador.<sup>29</sup>

Línea 4. *Este Sol, 4 tigre, duró 676 años.*

Como se verá, cada sol o edad recibe el nombre de aquello que causó su destrucción. Y ésta tiene igualmente lugar en la fecha que corresponde al día 4 del signo en el que irrumpe la fuerza destructora. Así, en este primer sol de *tigre*, el final llegó precisamente en un día “4 tigre”. Los tigres, como “devoradores de gente”, que esto significa uno de sus nombres en náhuatl (*te-cuani*), son monstruos de la tierra y simbolizan por tanto la acción de este primer elemento.

Según la versión de la *Historia de los mexicanos* que nos conserva el mito simbólico de las luchas cósmicas, habiéndose hecho sol *Tezcatlipoca* y estando bajo su égida el mundo y sus primeros habitantes, actuó *Quetzalcóatl* por primera vez en su contra: “Porque le dio con un grande bastón y lo derribó en el agua y allí se hizo tigre y salió a matar gigantes...”<sup>30</sup>

<sup>29</sup> Fijándose en la acción de los elementos en las varias edades, se ha sostenido con frecuencia que la narración de los soles refleja la historia hecha mito de varios cataclismos naturales ocurridos en fechas remotas. Así, por ejemplo, se considera la erupción del *Xitle* (en la serranía del Ajusco, Distrito Federal) como ocurrida al tiempo del sol de fuego. Siendo esto posible, aunque difícil de comprobar, sigue en pie el hecho de que la leyenda de los soles constituye la versión mitológica náhuatl de la evolución temporal del universo.

<sup>30</sup> *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, en *op. cit.*, p. 233.



Línea 6. *Y lo que comían era nuestro sustento —7 grama— y vivieron 676 años.*

La *Historia de los mexicanos* señala claramente cuál era el alimento peculiar de cada época. En este primer sol dice que *los macehuales* (los hombres) “comían bellotas de encinas y no otra cosa”.<sup>31</sup>

La fecha del *tonalámatl 7 malinalli* (grama), que algunos como Primo F. Velázquez erróneamente han pensado que indicaba la clase de alimento consumido en este sol, señala solamente un día del calendario adivinatorio que estaba bajo el influjo de *Tezcatlipoca*, quien como hemos visto era la fuerza que gobernaba al universo durante esta primera época.

Línea 10. *Este Sol se llama 4 viento.*

Interviene aquí el segundo elemento: el viento. Con el ropaje del mito nos describe así la *Historia de los mexicanos* lo que pasó en este sol:

duró Quetzalcóatl seyendo sol otras trece veces cincuenta y dos, que son seiscientos y setenta y seis años, los cuales acabados, Tezcatlipuca, por ser dios se hacía tigre como los otros sus hermanos lo querían y así andaba fecho tigre y dio una coz a Quetzalcóatl, que lo derribó y quitó de ser sol y levantó tan grande aire, que lo llevó y a todos los *macehuales* (los hombres) y éstos se volvieron en monos y ximias, y quedó por sol Tlalocatecli dios del infierno...<sup>32</sup>

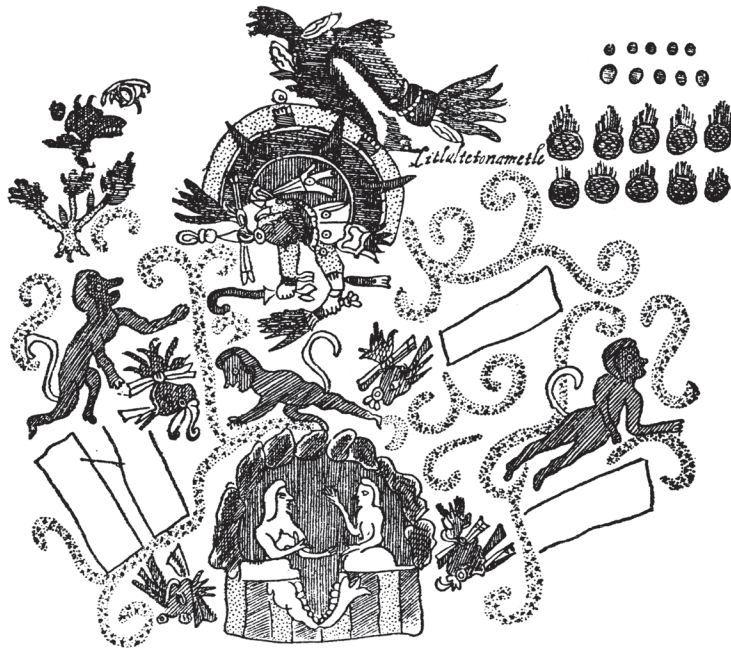
Línea 15. *Y lo que comían era nuestro sustento.*

Respecto del alimento que tomaban en esta segunda edad, encontramos en la *Historia de los mexicanos* que “no comían sino *aciciutli*, que es una simiente como de trigo, que nace en el agua”.<sup>33</sup> Nótese el principio de una cierta evolución en la naturaleza de los

<sup>31</sup> *Loc. cit.*

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 233. El autor de la *Historia*, o tal vez el copista, parece haber confundido aquí a *Tláloc* con *Mictlantecuhtli*. Este último sí era ciertamente dios del infierno, divinidad del rumbo del norte y encarnación del *Tezcatlipoca negro*. Sin embargo, al escribir *Tlalocatecli*, y al decir más adelante que su comparte era *Chalchiuhtlicue*, se está afirmando claramente que se trata no ya del “dios del infierno”, sino de *Tláloc*, dios del oriente y de la lluvia, que ocupa el lugar del primitivo *Tezcatlipoca rojo*. El error está, pues, en decir que *Tlalocatecli* (*Tláloc*) era dios del infierno.

<sup>33</sup> *Loc. cit.*



El sol de viento, segundo periodo cósmico (*Códice Vaticano A 3738, f. 6*)

alimentos, ya que ahora, en vez de bellotas de encinas, comían *acecentli* o maíz de agua. El maíz (*centéotl*), el cereal americano por excelencia, obsequio de la hormiga a *Quetzalcóatl*, será la culminación de esta evolución de los alimentos al llegar la quinta edad.

Línea 19. *Este Sol 4 lluvia es el tercero.*

Es ésta la edad en que actúa el tercero de los elementos: el fuego. La *Historia de los mexicanos*, continuando su narración de las luchas míticas de los dioses, dice:

Pasados estos años, *Quetzalcóatl* llovió fuego del cielo y quitó que no fuese sol a *Tlalocatecli* (*Tláloc*) y puso por sol a su mujer *Chalchiuttlisque* (*Chalchiuhtlicue*), la cual fue sol seis veces cincuenta y dos años, que son trescientos y doce años...<sup>34</sup>

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 233.

Línea 24. *Y lo que comían era nuestro sustento.*

“Los macehuales comían en este tiempo de una simiente como de maíz que se dice *cincocopi...*”<sup>35</sup> El alimento se acerca cada vez más a lo que llegará a ser “nuestro sustento” (*tonácatl*) por antonomasia: el maíz.

Líneas 26-27. *Los que perecieron eran los (que se habían convertido en) guajolotes (pipiltin), y así ahora se llama a las crías de los guajolotes pipil-pipil.*

Extrañas a primera vista podrán parecer estas dos líneas. Sin embargo, si se recuerda que —como dice la línea 20— los macehuales se habían convertido en guajolotes (*pipiltin*), no causará admiración que todavía, en la época del que narra el mito de los soles, quedara como una supervivencia la creencia popular de que las crías de los guajolotes eran descendientes de los pobladores de la tercera edad del mundo. Por eso al llamar a dichas crías se usaba repetir la misma voz náhuatl *pipil-pipil*, que significa también infante, príncipe, etcétera.

Línea 28. *Este Sol se llama 4 agua, el tiempo que duró el agua fue 52 años.*

Es ésta la época del cuarto sol: el de agua. La *Historia de los mexicanos* refiere así lo sucedido:

En el año postrero que fue sol Chalchiuttlie (*Chalchiuhtlicue*), como está dicho, llovió tanta agua y en tanta abundancia, que se cayeron los cielos y las aguas llevaron todos los macehuales que iban y dellos se hicieron todos los géneros de pescados que hay y así cesaron de haber macehuales y el cielo cesó porque cayó sobre la tierra...<sup>36</sup>

Línea 36. *el agua estuvo extendida 52 años.*

Concluye aquí el relato de las cuatro primeras edades del mundo. El manuscrito publicado por Paso y Troncoso narra todos los preliminares de la creación del quinto sol, incluyendo el viaje de *Quetzalcóatl* al *Mictlan* (región de los muertos) para obtener huesos de hombres y llevar a cabo su nueva formación. Encontramos también otro mito de hondo simbolismo en el que se narra el hallazgo

<sup>35</sup> *Loc. cit.*

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 233-234.

del maíz, el cereal básico de América, que es dado a *Quetzalcóatl* por la hormiga que lo tenía escondido en el monte de nuestro sustento.

Los informantes de Sahagún (*Códice matritense del Real Palacio*, v. VI, f. 180 y siguientes) refieren también la creación del quinto sol en Teotihuacan, donde *Nanahuatzin*, “el bubosillo”, en competencia con el arrogante *Tecuciztécatl*, se arrojó valerosamente a la hoguera y se convirtió en sol. Todos estos mitos —de profundo interés humano y filosófico—, desgraciadamente, sólo podemos mencionarlos, ya que su exposición y comentario alargaría fuera de toda proporción este capítulo. Señalaremos únicamente que hay en ellos un riquísimo filón muy poco aprovechado aún, especialmente si se toman como base los textos nahuas originales.

Línea 37. *Este Sol, su nombre 4 movimiento, éste es nuestro Sol, en el que vivimos ahora.*

Tal como lo dice el texto, puede también verse esto mismo en la maravillosa *Piedra del sol*, donde la figura central representa el rostro de *Tonatiuh* (Sol), dentro del signo 4 movimiento (*Nahui ollin*) del *tonalámatl*.

Con este quinto sol hace su entrada en el pensamiento cosmológico náhuatl la idea de movimiento, como un concepto de suma importancia en la imagen y destino del mundo.

Línea 38. *y aquí está su señal, cómo cayó en el fuego el Sol, en el fogón divino, allá en Teotihuacán.*

Se alude al ya mencionado mito de la creación del quinto sol en Teotihuacan, cuando los dioses (fuerzas cósmicas, hijos de *Ometéotl*), logrando una cierta armonía, deciden crear una vez más un sol.

La figura de *Nanahuatzin* —el bubosillo—, que atrevidamente se arroja al fuego para convertirse en sol, implica ya desde un principio la raíz más oculta del futuro misticismo azteca: por el sacrificio existen el sol y la vida; sólo por el mismo sacrificio podrán conservarse. Copiamos aquí tan sólo los momentos culminantes del drama de la creación del quinto sol tal como los trasmite Sahagún:

Llegada la media noche, todos los dioses se pusieron en derredor del hogar que se llamaba *teotexcalli*. En este lugar ardió el fuego cuatro días... y luego hablaron y dijeron a *Tecuciztécatl*: “¡Ea, pues, *Tecuciztécatl*,

entra tú en el fuego!" Y él luego acometió para echarse en él y como el fuego era grande y estaba muy encendido, sintió gran calor, hubo miedo, y no osó echarse en él, volvióse atrás... De que hubo probado cuatro veces, los dioses luego hablaron a *Nanauatzin*, y dijéronle: ¡Ea, pues, *Nanauatzin*, prueba tú!; y como le hubieron hablado los dioses, esforzóse y, cerrando los ojos, arremetió, y echóse en el fuego, y luego comenzó a rechinar y respandar en el fuego como quien se asa. Como vio *Tecuciztécatl* que se había echado en el fuego y ardía, arremetió y echóse en la hoguera... Después que ambos se hubieron arrojado en el fuego, y que se habían quemado, luego los dioses se sentaron a esperar a qué parte vendría a salir el *Nanauatzin*. Habiendo estado gran rato esperando, comenzóse a poner colorado el cielo, y en todas partes apareció la luz del alba. Dicen que después de esto los dioses se hincaron de rodillas para esperar por dónde saldría *Nanahuatzin* hecho sol; miraron a todas partes volviéndose en derredor, mas nunca acertaron a pensar ni a decir a qué parte saldría, en ninguna cosa se determinaron; algunos pensaron que saldría de la parte norte, y paráronse a mirar hacia él: otros hacia medio día, a todas partes sospecharon que había de salir; porque por todas partes había resplandor del alba; otros se pusieron a mirar hacia el oriente, y dijeron aquí de esta parte ha de salir el sol. El dicho de éstos fue verdadero; dicen que los que miraron hacia el oriente fueron *Quetzalcóatl*, que también se llama *Écatl*, y otro que se llama *Tótec*... y cuando vino a salir el sol, pareció muy colorado, y que se contoneaba de una parte a otra, y nadie lo podía mirar, porque quitaba la vista de los ojos, resplandecía, y echaba rayos de sí en gran manera, y sus rayos se derramaron por todas partes...<sup>37</sup>

Líneas 40-42. *El quinto Sol, 4 movimiento su signo, se llama Sol de movimiento porque se mueve, sigue su camino. Y como andan diciendo los viejos, en él habrá movimientos de tierra, habrá hambre y con esto pereceremos.*

Se alude en la línea 41 a lo que nos refieren también los informantes de Sahagún (*Códice matritense del Real Palacio*, edición facsimilar, v. VI, f. 187), que al principio el quinto sol no se movía: "entonces, dijeron los dioses, ¿cómo viviremos? ¡No se mueve el Sol!" Para darle fuerzas se sacrificaron los dioses y le ofrecieron su sangre. Por fin sopló el viento y, "moviéndose, siguió el Sol su camino".

<sup>37</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. II, p. 14-15.

En la línea 42 se anuncia el fin de la época actual por un terremoto que, según lo muestra la fecha esculpida en la *Piedra del sol*, tendrá precisamente lugar en un día 4 movimiento.

Tal era la antigua concepción náhuatl de las varias edades o tiempos en que fue cimentada la tierra. Una rápida mirada retrospectiva nos permitirá descubrir en ella, haciendo a un lado lo puramente mitológico, las que llamaremos categorías cosmológicas nahuas.

La primera y más importante es la exigencia lógica de fundamentación de los mundos, idea que responde a la pregunta concebida por los *tlamatinime* sobre qué es lo que hace estar a las cosas “en pie”. El pensamiento náhuatl sólo tiene por verdadero (*nelli*) aquello que está cimentado en algo firme y permanente: con raíz (*nel-huá-yotl*). Y lo único verdaderamente cimentado en sí mismo es *Ometéotl*, el principio ambivalente, origen y sostén de las fuerzas cósmicas (sus hijos, los dioses). Por esto, aunque *Ometéotl* existe originalmente en la dimensión superior del *Omeyocan*, en el decimotercer cielo, para dar sustento al mundo, está también en su ombligo o centro. Las cosas, particularmente el mundo, son entonces *tlamamanca*: resultado de la acción fundamentadora de *Ometéotl*.

Otra categoría, igualmente clave, es la que enmarca estas fundamentaciones del mundo en una serie de ciclos. La tierra cimentada por *Ometéotl* no es algo estático. Sometida al influjo de las fuerzas cósmicas, viene a ser el campo donde éstas actúan. Cuando se equilibran, existe una edad, *un sol*. Entonces es cuando viven los *macehuales*. Mas pronto, en un tiempo determinado, desaparece el equilibrio y sobreviene un cataclismo. Parece como si *Ometéotl* retirara su apoyo a la tierra. Y, sin embargo, como una prueba de que en el fondo su acción permanece, se descubre a través de los varios ciclos o edades un principio latente de evolución, que culmina, en el caso particular de las plantas alimenticias, con la aparición del maíz.

Ligada con esta idea de los ciclos del mundo está la concepción de los cuatro elementos, simbolizados en la *Historia de los mexicanos* por los hijos de *Ometéotl*. Los tigres, monstruos de la tierra, el viento, el fuego y el agua, por sorprendente paralelismo, vienen a coincidir con las cuatro raíces o elementos (*ritsómata*) de todas las cosas, hipótesis ideada por el filósofo griego Empédocles y comunicada al

pensamiento occidental a través de Aristóteles. Atinadamente señaló así Seler las relaciones existentes entre los periodos cósmicos y los cuatro elementos:

Estas cuatro diferentes edades prehistóricas o precósmicas de los mexicanos, orientadas cada una hacia un distinto rumbo del cielo, se hallan maravillosamente ligadas con los cuatro elementos conocidos por la antigüedad clásica y que constituyen hasta ahora la base del modo de ver la naturaleza de los pueblos cultos del oriente asiático, o sea, agua, tierra, aire y fuego.<sup>38</sup>

Sólo que entre los nahuas estos elementos no son principios estáticos que se descubren por un análisis teórico o por la alquimia, sino que aparecen por sí mismos como las fuerzas cósmicas fundamentales que irrumpen violentamente, desde los cuatro rumbos del universo, en el marco del mundo.

Y con esto encontramos otras dos categorías del pensamiento náhuatl: la de los rumbos del universo y la de la lucha. El universo está dividido en cuatro rumbos bien definidos que, coincidiendo con los puntos cardinales, abarcan mucho más que éstos, ya que incluyen todo un cuadrante del espacio universal: el oriente, país del color rojo, región de la luz, cuyo símbolo es una caña que representa la fertilidad y la vida; el norte, región de los muertos y del color negro, lugar frío y desierto que se simboliza por un pedernal; el poniente, región del color blanco, país de las mujeres, cuyo signo es la casa del sol; y por fin el sur, designado como la región azul, a la izquierda del sol, rumbo de carácter incierto que tiene por símbolo al conejo que, como decían los nahuas, “nadie sabe por dónde salta”.<sup>39</sup>

En este universo, así dividido en cuadrantes, es donde se desarrolla una lucha que parece interminable entre las cuatro fuerzas

<sup>38</sup> Eduard Seler, “Entstehung der Welt und der Menschen, Geburt von Sonne und Mond”, en *Gesammelte Abhandlungen*, t. IV, p. 38-39.

<sup>39</sup> Hay que notar que aun cuando esta distribución de colores —oriente-rojo, norte-negro, poniente-blanco y sur-azul— es la que más frecuentemente se repite en los códices y textos nahuas, había asimismo otros ordenamientos secundarios de los colores cósmicos, expresión de diferente simbolismo. Así, por ejemplo, si encontramos en el *Códice Borgia*, 27, al oriente pintado de rojo, en otro lugar del mismo códice, 72, lo vemos también caracterizado por el color verde, símbolo de la fertilidad.

cósmicas. Cada uno de los cuatro elementos (los hijos de *Ometéotl*) tiende a prevalecer. Bellamente, con el lenguaje del mito, expresa esto la *Historia de los mexicanos* diciendo que “Tezcatlipoca por ser dios se hacía tigre, como los otros sus hermanos (también) lo querían”. Y así, en un combate que se desarrolla en cada uno de los soles, desde los cuatro rumbos del mundo y por medio de una oposición de elementos, se va desarrollando por ciclos la historia del cosmos tal como la vieron los nahuas.

Cinco son, pues, las principales categorías cosmológicas que se implican en la narración de los soles: 1) necesidad lógica de fundamentación universal; 2) temporalización del mundo en edades o ciclos; 3) idea de elementos primordiales; 4) espacialización del universo por rumbos o cuadrantes, y 5) concepto de lucha como molde para pensar el acaecer cósmico.



## LOS TRECE CIELOS: EL ESPACIO VERTICAL

Al lado de esta interpretación del acaecer cíclico del mundo llegaron también los sabios nahuas a una coherente visión espacial del universo. Completando su división en el plano horizontal, hacia los cuatro rumbos del mundo, concibieron a éste como un gran disco de tierra rodeado por las aguas. Nadie mejor que Selser resume así este punto:

Al igual que otros pueblos, se representaban los mexicanos la tierra como una gran rueda rodeada completamente por las aguas. Llamaban a esta plataforma o más propiamente al anillo de agua circundante *Anáhuatl*, “anillo”, o *Cem-anáhuatl*, el anillo completo. Debido a una incorrecta interpretación, algunos historiadores posteriores introdujeron la costumbre de designar a la sección central de la actual República Mexicana como la meseta del Anáhuac, en tanto que los antiguos mexicanos entendían indefectiblemente por esto la tierra situada “a la orilla del agua”, o sea todo lo que se extendía entre los dos mares, y llamaban a esa agua que circundaba a la tierra, al océano, *teotl*, agua divina, o *ilhuica-atl*, agua celeste, porque se juntaba en el horizonte con el cielo.<sup>40</sup>

Y relacionando luego esto con sus ideas acerca del sol, de los cuatro rumbos del universo y del origen étnico de los nahuas, continúa Selser resumiendo así el pensamiento náhuatl:

De ese mar (que circunda al mundo) surge en la mañana por el oriente el Sol y se hunde también en el mar por la tarde hacia el occidente. Igualmente pensaban los mexicanos que su pueblo había venido del mar, del rumbo de la luz (oriente), y que había por fin arribado a la costa del Atlántico. Por otra parte, creían también que los muertos en

<sup>40</sup> Eduard Selser, “Das Weltbild der alten Mexikaner”, en *Gesammelte Abhandlungen*, t. IV, p. 3.

su viaje al infierno tenían que cruzar un amplio mar, que se decía *chicunauh-apan*, “el extendido nueve veces”, o “agua que se difunde en todas las direcciones”.<sup>41</sup>

Pero junto con esta concepción que completa sus ideas sobre el que llamaríamos “espacio horizontal”, habían forjado también los *tlamatinime*, particularmente “aquellos que se dedicaban a observar el curso y el acaecer ordenado del cielo”,<sup>42</sup> una visión astronómica del universo. Idearon así un mundo vertical con trece cielos hacia arriba y nueve infiernos hacia abajo. Estando estos últimos principalmente ligados con la región de los muertos y el más allá, sólo vamos a ocuparnos aquí, brevemente, de describir los 13 cielos en relación con sus conocimientos astronómicos.<sup>43</sup>

Conviene decir que concebían los nahuas estos cielos a modo de regiones cósmicas superpuestas y separadas entre sí por una especie de travesaños, que constituían al mismo tiempo lo que pudiéramos llamar pisos o caminos sobre los cuales se movían los varios cuerpos celestes. En relación con esto, decían los indios, hablando de sus astrónomos, que se dedicaban a contemplar “el corrimiento de los astros por los caminos del cielo” (*ilhuícatl i-oh-tlatoquíliz*).<sup>44</sup>

Sintetizando las varias versiones que se conservan y siguiendo de preferencia la representación pictórica del *Códice Vaticano A*,<sup>45</sup> comenzaremos por describir el cielo inferior, el que todos vemos: es éste aquel por donde avanza la luna (*Ilhuícatl Metztli*) y en el que se sostienen las nubes. Sobre lo que pensaban de la luna y sus fases, desde un punto de vista astronómico, transcribiremos aquí tan sólo algo de lo que se enseñaba a los estudiantes (*momachtique*) en el *Calmécac*, tal como lo resume Sahagún:

- 1 Cuando la luna nuevamente nace, parece como un arquito de alambre delgado, aún no resplandece, y poco a poco va creciendo;

<sup>41</sup> *Loc. cit.*

<sup>42</sup> *Colloquios y Doctrina Christiana...*, f. 3v (edición de W. Lehmann, p. 93).

<sup>43</sup> Ya hemos señalado, al comentar un texto de los *Anales de Cuauhtitlán* (f. 4), en donde se habla de los “nueve travesaños con que consiste el cielo”, que no había unidad de pareceres respecto del número de cielos. Aquí nos atenemos preferentemente a las pinturas del *Códice Vaticano A 3738*, f. 1v y 2r.

<sup>44</sup> *Loc. cit.*

<sup>45</sup> *Codex Vaticanus A (Ríos)*, f. 1v y 2r.

- 2 a los quince días es llena, y cuando ya lo es, sale por el oriente.
- 3 A la puesta del sol parece como una rueda de molino grande, muy redonda y muy colorada,
- 4 y cuando va subiendo se para blanca o resplandeciente; aparece como un conejo en medio de ella, y si no hay nubes, resplandece casi como el sol a medio día;
- 5 y después de llena cumplidamente, poco a poco se va menguando hasta que se va a hacer como cuando comenzó;
- 6 dicen entonces, ya se muere la luna, ya se duerme mucho.
- 7 Esto es cuando sale ya con el alba, y al tiempo de la conjunción dicen: “ya es muerta la luna”.<sup>46</sup>

El segundo cielo era el lugar de las estrellas: *Citlalco*, como claramente lo muestra la bella ilustración del *Códice Vaticano A*. Las estrellas que, como hemos visto, eran concebidas como el faldellín luminoso con que se cubría el aspecto femenino de *Ometéotl*, se dividían en dos grandes grupos: las 400 (innumerables) estrellas del norte, *Centzon Mimixcoa*, y las 400 (innumerables) estrellas del sur, *Centzon Huitznahua*.

Además de esta clasificación general, distinguían los astrónomos nahuas, entre otras, a la Osa Mayor, que era el tigre *Tezcatlipoca*; a la constelación de la Osa Menor, llamada por ellos *Citlalxonecuilli*, “porque —como dice Sahagún— (sus estrellas) tienen semejanza con cierta manera de pan que hacen a modo de *s*, al cual llaman *xonecuilli...*”;<sup>47</sup> a la constelación del Escorpión, que por una coincidencia llamaban con el mismo nombre: *Cólotl* (alacrán); a las tres estrellas que forman la cabeza del Toro, designadas por la palabra *Mamalhuaztli* que, como anota también Sahagún, era el nombre de los palos de que se servían para encender el fuego nuevo. Especial importancia tenía para los nahuas su movimiento, así como el de las Pléyades, nombradas *Tianquiztli*, ya que de él dependía cada 52 años la supervivencia del mundo. Al continuar su movimiento estas estrellas en la media noche del día en que terminaba una atadura de años (un siglo), se encendía el fuego nuevo y se celebraba esto como presagio de 52 años más de vida. La vieja pirámide de Tena-

<sup>46</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. II, p. 12.

<sup>47</sup> *Ibid.*, t. II, p. 18.

yuca, a la que acolhuas, tecpanecas y aztecas superpusieron nuevos cuerpos en tiempos determinados, correspondiendo, como indica Ignacio Marquina, “a la terminación de un ciclo de 52 años”, prueba mejor que cualquiera larga disertación el hondo significado que atribuían los nahuas a la entrada de un nuevo siglo.<sup>48</sup>

El nombre de la tercera región de los cielos era cielo del sol (*Ilhuícatl Tonatiuh*), ya que por él avanzaba *Tonatiuh* en su diaria carrera desde el país de la luz hasta su casa de occidente. Acerca del sol, en su aspecto astronómico, Sahagún nos conserva algo de lo que se enseñaba en el *Calmécac*:

- 1 El Sol, águila con saetas de fuego,
- 2 príncipe del año, dios.
- 3 Ilumina, hace resplandecer las cosas, las alumbra con sus rayos.
- 4 Es caliente, quema a la gente, la hace sudar, vuelve morenos los rostros de la gente, los ennegrece, los hace negros como el humo.<sup>49</sup>

Viene luego el cuarto cielo (*Ilhuícatl huitztlan*) en que se mira Venus, llamada en náhuatl *Citlálpol* o *Hueycitlalin*, estrella grande, que era de todos los planetas el mejor estudiado por los astrónomos nahuas. Relacionándose ya, desde la época de los teotihuacanos, a Venus con *Quetzalcóatl*, puede verse —como lo nota Gamio—, en el templo conocido vulgarmente como la *ciudadela*, “a la serpiente emplumada rodeada de caracoles marinos”,<sup>50</sup> y es que, “al ponerse Venus en las movientes aguas del Pacífico, su reflejo semejaba una serpiente de escamas y plumas brillantes: de ahí su nombre de *Quetzal-cóatl*”.<sup>51</sup>

<sup>48</sup> Ignacio Marquina, “Estudio arquitectónico de la pirámide”, en *Tenayuca. Estudio arqueológico de la pirámide de este lugar, hecho por el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública*, México, 1935, p. 101. George C. Vaillant en su libro *The Aztecs of México* (p. 92) señala pormenorizadamente las fechas de las varias reconstrucciones de la pirámide de Tenayuca en 1507, 1455, 1403, 1351, 1299...

<sup>49</sup> Textos de los informantes de Sahagún, *Códice matritense del Real Palacio*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VI, f. 177; *AP I*, 18.

<sup>50</sup> Manuel Gamio y otros, *La población del Valle de Teotihuacán*, 3 v., México, 1922, t. I, p. XLVI.

<sup>51</sup> Roque Ceballos Novelo, “Manifestaciones intelectuales de cultura...”, en Manuel Gamio, *op. cit.*, v. I, p. 326.

Acertadamente dice Soustelle:

La observación de los movimientos de Venus había cobrado una gran importancia en la astronomía y la cronología indígena. Sesenta y cinco años venusinos equivalían a ciento cuatro años solares, gran periodo, llamado *huehueliztli*, “una vejez”; al cabo de este tiempo, el ciclo solar y el ciclo venusino volvían a empezar en la misma fecha del calendario adivinatorio...<sup>52</sup>

En el quinto cielo estaban los cometas: estrellas humeantes (*citlalin popoca*).

El sexto y el séptimo son dos cielos en que se ven tan sólo los colores verde y azul o, según otra versión, negro (*yayauhco*) y azul (*xoxouhco*): los cielos de la noche y el día.

El octavo parece que era el lugar de las tempestades.

Los tres cielos siguientes: el blanco, amarillo y rojo, se reservaban para morada de los dioses: *teteocan*, lugar donde ellos viven.

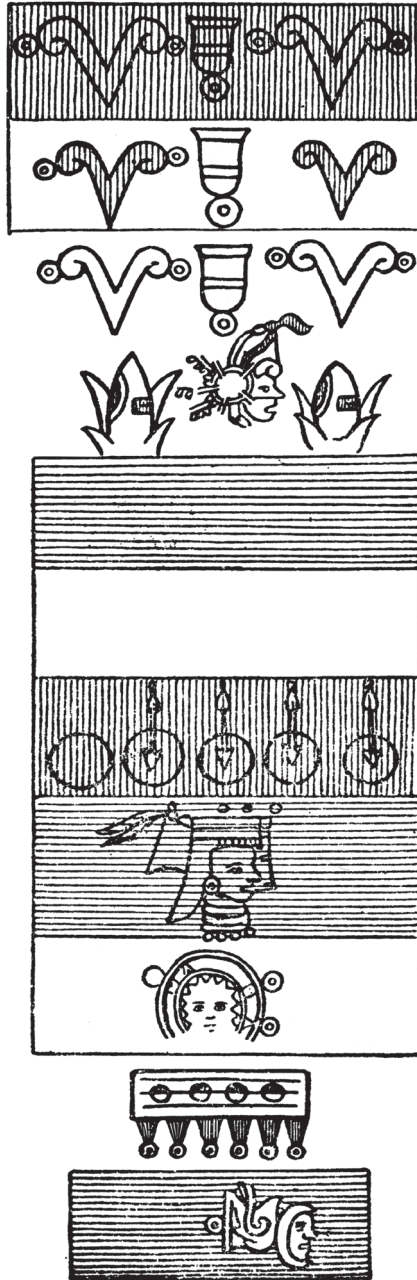
Por fin, los dos últimos cielos constituían el *Omeyocan*: mansión de la dualidad, fuente de la generación y la vida, región metafísica por excelencia, donde está primordialmente *Ometéotl*.

Forma tan original de contemplar el espacio en todas sus dimensiones, dio a los nahuas un punto de vista peculiar y exclusivo, ante la que hoy llamamos realidad objetiva del universo. Este punto de vista, o manera náhuatl de concebir el cosmos, se refleja en todas sus obras: en su literatura, en su cronología, en sus pinturas y, en general, en todo su arte. Mas, tal vez, en ninguna parte podría comprobarse esto con mayor facilidad que en el *enjambre* de formas y relaciones cosmológicas que viene a ser la imponente estatua de *Coatlicue*, cuidadosamente estudiada por Justino Fernández. Porque, como claramente lo muestra su interesante análisis, “leyó” dicho autor en la piedra lo mismo que nosotros hemos encontrado en los textos:

No es una mentalidad “pre-lógica” —nos dice— la que concibió a *Coatlicue*, por el contrario, sus estructuras son de una clara lógica y sus formas de una sensibilidad vigorosa y altamente imaginativas...<sup>53</sup>

<sup>52</sup> Jacques Soustelle, *La pensée cosmologique des anciens mexicains*, p. 29.

<sup>53</sup> Justino Fernández, *op. cit.*, p. 215.



Los cielos superpuestos (*Códice Vaticano A 3738, f. 1v*)

Y mostrando luego cuáles son esas estructuras fundamentales de *Coatlicue*, piramidal, cruciforme y humana a la vez, va descubriendo en la impresionante escultura “la concepción azteca del espacio cósmico, con todas sus dimensiones”. Así:

Por último, o por principio, en lo más alto llegamos a *Omeyocan*, el lugar en que mora la pareja divina: *Ometecuhtli* y *Omecíhuatl*, creadora por excelencia, origen de la generación, de los dioses y de los hombres. Si esta masa bicéfala toma el lugar de la cabeza y parece surgir de las entrañas mismas del todo, también hay un sentido de decapitación que alude a *Coyolxauhqui*, la Luna, con lo cual se completa el sistema astral.

Todavía hay que agregar las cuatro direcciones cardinales que se expresan en forma de cruz y la quinta dirección, de arriba a abajo, en cuyo centro estará *Xiuhtecuhtli*, “el señor viejo”, el dios del fuego. Y, por último, la forma piramidal, de ascenso y descenso, y que va desde el fondo de la tierra, el mundo de los muertos, hasta el más alto sitio: *Omeyocan*. Así, la escultura no sólo está concebida exteriormente sino que los cuerpos de las serpientes cuyas cabezas asoman en lo más alto provienen de sus entrañas, y hay que recordar que bajo sus plantas se extiende el mundo de los muertos. Toda ella, pues, vibra, vive, por dentro y por fuera, toda ella es vida y muerte; sus significaciones abarcan todas las direcciones posibles y se prolongan en ellas. En resumen, *Coatlicue* es, *in nuce*, la fuerza cósmico-dinámica que da la vida y que se mantiene por la muerte en lucha de contrarios tan necesaria que su sentido último y radical es la guerra...<sup>54</sup>

O sea que en *Coatlicue* se muestran incorporadas a la piedra las ideas del principio cósmico generador y sostén universal, la orientación cruciforme de los rumbos del universo, así como el dinamismo del tiempo que crea y destruye por medio de la lucha, categoría central en el pensamiento cosmológico náhuatl. Por esto, tal vez el más maravilloso de todos los símbolos de su pensar cosmológico es la plástica figura trágicamente bella de *Coatlicue*.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 265-266.

## OLLINTONATIUH: SOL DE MOVIMIENTO

De entre los puntos principales de la cosmología náhuatl que nos hemos propuesto estudiar aquí —teniendo que dejar por fuerza otros muchos— queda sólo por analizar uno de verdadera importancia: ¿cuál era para los *tlamatinime* la naturaleza del movimiento? Su original posición frente a este tema —que el pensamiento occidental no ha logrado esclarecer por completo— quedará manifiesta haciendo un breve análisis de sus ideas relativas al quinto sol o “edad en que vivimos”.

Como en las cuatro edades anteriores actuó cada uno de los cuatro elementos, proviniendo de los cuatro rumbos del universo, así ahora esta quinta edad —resultado, como dice el mito, de una cierta armonía entre los dioses que aceptaron sacrificarse en Teotihuacan— es la época del ombligo o centro del universo, la del sol de movimiento.

*Nahui ollin* (4 movimiento) fue su signo. Se refiere en los mitos que, como un resultado de la armonía de los dioses (fuerzas cósmicas) que aceptaron el sacrificio, “se movió el sol, siguió su camino”.<sup>55</sup>

Mas el movimiento del sol sólo pudo lograrse concediendo a cada uno de los cuatro principios fundamentales, a cada uno de los cuatro rumbos, un tiempo determinado de predominio y de receso. Surgieron entonces los años del rumbo del oriente, del norte, del poniente y del sur. Dicho esto mismo en términos abstractos: apareció el movimiento al espacializarse el tiempo, al orientarse los años y los días hacia uno de los cuatro rumbos del universo. Así es como hablan los viejos informantes de Sahagún, explicando la tabla de la cuenta de los años orientados espacialmente cada uno de ellos:

- 1 Uno conejo se llama el signo anual, la cuenta de años del rumbo del sur.
- 2 Trece años porta, encamina, lleva a cuestras siempre, cada uno de los años.

<sup>55</sup> *Anales de Cuauhtitlán*, edición de W. Lehmann, p. 62.



- 3 Y él va por delante, guía, comienza, se hace su principio, introduce todos los signos del año: caña, pedernal, casa.
- 4 Caña se dice al día del rumbo de la luz (oriente), así como también se dice al signo anual del rumbo de la luz, porque de allá aparece la luz, el resplandor.
- 5 Y el tercer grupo de años: pedernal. Se dice el día del rumbo de los muertos.
- 6 Porque hacia allá se decía, la región de los muertos, como decían los viejos:
- 7 dizque cuando se mueren, hacia allá se van, hacia allá van derecho, hacia allá se encaminan los muertos...
- 8 Y el cuarto signo anual, casa, se dice el día del rumbo de las mujeres, porque como se decía (está orientado) hacia las mujeres (al oeste).
- 9 Dizque sólo siempre las mujeres allá moran y ningunos hombres.
- 10 Estos cuatro signos anuales, cuentas de años, tantos cuantos son, de uno en uno surgen, días principios se hacen.
- 11 Cuando todos los trece años terminaban, se acercaban, concluían, cuatro veces daban vueltas, se apartaban, iban entrando cada uno de año en año.<sup>56</sup>

Un examen de la tabla del siglo, conservada por Sahagún para incluirla al final de su libro IV —tomando en cuenta el citado texto de los informantes indígenas—, claramente muestra que, en un siglo náhuatl de 52 años, cada uno de los cuatro rumbos tenía con su influjo trece años. E igualmente dentro de cada año —como lo atestiguan las pinturas de los códices *Vaticano B* y *Borgia*— los días del *tonalámatl*, divididos en series de cinco “semanas” de trece días cada una ( $5 \times 13 = 65$  días), formaban precisamente cuatro grupos ( $65 \times 4 = 260$  días), en cada uno de los cuales se incluía el signo que lo refería a uno de los cuatro rumbos cardinales. Estudiando por menorizadamente este punto, dice Soustelle:<sup>57</sup>

Los más importantes manuscritos indígenas ofrecen una repartición muy clara de veinte signos de días entre las cuatro direcciones. Hela aquí:

<sup>56</sup> Textos de los informantes de Sahagún, *Códice matritense del Real Palacio*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VII, f. 269r; AP I, 19. En adelante se citarán en este trabajo los *Códices matritenses* bajo el título de “Textos de los informantes de Sahagún”.

<sup>57</sup> Jacques Soustelle, *La pensée cosmologique des anciens mexicains*, p. 82.

ORIENTE	NORTE	PONIENTE	SUR
<i>Cipactli</i> , lagarto	<i>Océlotl</i> , tigre	<i>Mázatl</i> , venado	<i>Xóchitl</i> , flor
<i>ÁCATL</i> , caña	<i>Miquiztli</i> , muerte	<i>Quiauitl</i> , lluvia	<i>Malinalli</i> , grama
<i>Cóatl</i> , serpiente	<i>TÉCPATL</i> , pedernal	<i>Ozomatli</i> , mono	<i>Cuetzpalin</i> , lagartija
<i>Ollin</i> , movimiento	<i>Itzcuintli</i> , perro	<i>CALLI</i> , casa	<i>Cozcaquauhtli</i> , buitres
<i>Atl</i> , agua	<i>Eécatl</i> , viento	<i>Quauhtli</i> , águila	<i>TOCHTLI</i> , conejo

Así, no sólo en cada uno de los años, sino también en todos y cada uno de los días, existía la influencia y predominio de alguno de los cuatro rumbos del espacio. En esta forma, el espacio y el tiempo, uniéndose y compenetrándose, hicieron posible la armonía de los dioses (las cuatro fuerzas) y, con esto, el movimiento del sol y la vida. Y como ya se ha indicado anteriormente, uno mismo es el origen de las palabras nahuas movimiento, corazón y alma. Lo cual prueba que para los antiguos mexicanos era inconcebible la vida —simbolizada por el corazón (*y-óllo-tl*)— sin lo que es su explicación: el movimiento (*y-olli*).

Puede pues afirmarse, sin fantasear, que el movimiento y la vida eran para los nahuas el resultado de esa armonía cósmica lograda por la orientación espacial de los años y los días, o más brevemente, por la espacialización del tiempo. Mientras éste continúe, mientras en cada siglo haya cuatro grupos de trece años dominados por el influjo de uno de los rumbos del espacio, el quinto sol seguirá existiendo, seguirá moviéndose. Pero, si algún día esto faltare, quiere decir que entonces habrá de comenzar una vez más la lucha cósmica. Habrá un último movimiento de tierra, pero tan fuerte, que “con esto —como dicen los *Anales de Cuauhtitlán*— pereceremos”.<sup>58</sup>

Entre tanto, mientras llegaba el fatal *Nahui ollin* (día cuatro movimiento) que habría de cerrar el ciclo del quinto sol —a quien tan tenazmente alimentaban día a día los aztecas con el *chalchihuatl*, o agua preciosa de los sacrificios— los *tlamatinime* continuaban mirando el mundo a través de su original categoría de un tiempo espacializado, en el que, como dice Soustelle:

los fenómenos naturales y los actos humanos se hunden y se impregnan de las cualidades propias de cada lugar y de cada instante. Cada “lugar-instante”, complejo de situación y tiempo, determina de un modo irresistible y previsible (por medio del *Tonalámatl*) todo lo que en él se encuentra

<sup>58</sup> *Anales de Cuauhtitlán*, en *op. cit.*, p. 62.

existiendo. El mundo puede compararse a una decoración de fondo sobre la cual varios filtros de luz de diversos colores, movidos por una máquina incansable, proyectan reflejos que se suceden y superponen, siguiendo indefinidamente un orden inalterable. En un mundo semejante, no se concibe el cambio como el resultado de un *devenir* más o menos desplegado en la duración, sino como una mutación brusca y total: hoy es el Este el que domina, mañana será el Norte; hoy vivimos todavía en un día fasto y pasaremos sin transición a los días nefastos *nemontemi*. La ley del mundo es la alternancia de cualidades distintas, radicalmente separadas, que dominan, se desvanecen y reaparecen eternamente.<sup>59</sup>

En esta forma, relacionando las varias categorías ya estudiadas del pensamiento cosmológico náhuatl, con su compleja idea de fenómenos hundidos en un espacio-tiempo humanizado, es como tal vez podrán entreverse mejor los contornos fundamentales de su original visión del universo físico.<sup>60</sup>

<sup>59</sup> Jacques Soustelle, *La pensée cosmologique des anciens mexicains*, p. 85.

<sup>60</sup> Al estudiar las ideas nahuas de espacio y tiempo, nos hemos encontrado con que forman un complejo que tiende a homogeneizarse y a concebirse no como algo vacío, sino como un todo donde se proyectan y entrecruzan los fenómenos naturales y los actos humanos. Quien esté algo familiarizado, por otra parte, con los rasgos fundamentales de la imagen de la naturaleza ofrecida por la física actual, no podrá menos de sorprenderse al constatar que precisamente la moderna estructura espacio-temporal, en sus relaciones con el pensamiento humano, guarda asombroso paralelismo con la concepción náhuatl. La explicación de esto puede ser el hecho de que, a partir de Einstein, la física se ha orientado hacia una verdadera síntesis, en la que se van unificando conceptos tan básicos como el de la relación espacio-tiempo. Heisemberg especialmente, al introducir su hipótesis del indeterminismo físico, rompió el frío fatalismo "objetivo" e introdujo en la realidad un cierto humanismo que deja abiertas las puertas a la libertad y a un acontecer más lleno de sorpresas. Léase, por ejemplo, el siguiente párrafo, escrito por el mismo Heisemberg en 1955 en su obra *La imagen de la naturaleza en la física actual*, de la que varios de los conceptos expresados podrían aplicarse análogamente al pensamiento cosmológico náhuatl: "Si se puede hablar de una imagen del mundo lograda por las ciencias de la Naturaleza en nuestro tiempo, ya no se trata más de una mera imagen de la Naturaleza, sino de una *imagen de nuestras relaciones con la Naturaleza*. La antigua parcelación del mundo en un acontecer objetivo en el espacio y el tiempo, por una parte, y por otra el alma, en la que se representa como en un espejo ese acontecer..., no vale ya como punto de partida para la comprensión de las modernas ciencias de la Naturaleza. En el campo de observación de estas ciencias se destacan sobre todo las relaciones entre el hombre y la Naturaleza, la interdependencia por la cual nosotros, en cuanto seres corpóreos, somos porciones dependientes de ella y, al mismo tiempo, en cuanto hombres, la hacemos objeto de nuestro pensamiento y control. Las ciencias de la Naturaleza no se hallan ya como meros puntos de contemplación, sino que se reconocen a sí mismas como parte de ese intercambio incesante entre el hombre y la Naturaleza." (Werner Heisemberg, *Das Naturbild der heutigen Physik*, Rowohlt, Hamburg, 1955, p. 21.)

## INTEGRACIÓN DE LA IMAGEN NÁHUATL DEL UNIVERSO

Ensayando ahora una especie de síntesis de los varios puntos estudiados se podría describir así la visión cosmológica náhuatl:

La superficie de la tierra (*tlaltípac*) es un gran disco situado en el centro de un universo que se prolonga horizontal y verticalmente. Alrededor de la tierra está el agua inmensa (*teo-atl*) que, extendiéndose por todas partes como un anillo, hace del mundo “lo-enteramente-rodeado-por-agua” (*cem-a-náhuac*). Pero, tanto la tierra como su anillo inmenso de agua, no son algo amorfo e indiferenciado. Porque el universo se distribuye en cuatro grandes cuadrantes o rumbos, que se abren en el ombligo de la tierra y se prolongan hasta donde las aguas que rodean al mundo se juntan con el cielo y reciben el nombre de agua celeste (*Ilhuica-atl*). Los cuatro rumbos del mundo implican enjambres de símbolos. Los nahuas los describían colocándose frente al poniente y contemplando la marcha del sol: allá por donde éste se pone se halla su casa, es el país del color rojo; luego, a la izquierda del camino del sol, está el sur, el rumbo del color azul; frente a la región de la casa del sol está el rumbo de la luz, de la fertilidad y la vida, simbolizadas por el color blanco; finalmente, a la derecha de la ruta del sol se extiende el cuadrante negro del universo, el rumbo del país de los muertos.

Tal era el aspecto horizontal de la imagen náhuatl del universo. Verticalmente, arriba y abajo de este mundo o *cem-a-náhuac*, había 13 cielos y 9 infiernos. Estos últimos son planos cada vez más profundos, donde existen las pruebas que deben afrontar durante cuatro años los *descarnados* (los muertos) antes de descansar por completo.

Arriba se extienden los cielos que, juntándose en un límite casi metafísico con las aguas que rodean por todas partes al mundo, forman una especie de bóveda azul surcada de caminos que corren en distintos planos, separados entre sí por lo que describen los nahuas como travesaños celestes. En los cinco primeros planos están

los caminos de la Luna, las estrellas, el Sol, Venus y los cometas. Luego están los cielos de los varios colores y, por fin, el más allá metafísico: la región de los dioses y, por encima de todo, el *Omeyocan* (lugar de la dualidad), donde existe el principio dual generador y conservador del universo.

Ésta era la que podríamos llamar, empleando anacrónicamente un concepto occidental y moderno, cosmología estática de los nahuas. Para completar la imagen es menester introducir ahora en ella los rasgos dinámicos que hemos estudiado ya en este capítulo. Volvamos de nuevo a fijarnos en el centro del mundo, en su ombligo, como decían los nahuas. Allí es donde primordialmente ejerce su acción sustentadora el principio dual que mora en lo más alto de todos los cielos. *Ometéotl*, actuando en el ombligo del mundo, da fundamento a la tierra (*tlallamánac*); desde allí también “la viste de algodón” (*tlallíhcatl*).

Dando vida y moviendo a todo lo que existe, es *Ipalnemohuani*; haciendo llegar su presencia a “las aguas color de pájaro azul”, desde su “encierro de nubes” gobierna el movimiento de la luna, de las estrellas que son simbólicamente el faldellín con que se cubre el aspecto femenino de su ser generador, y, por fin, dando vida al astro que hace lucir y vivir a las cosas, pone al descubierto su rasgo principal masculino de creador dotado de maravillosa fuerza generativa.

Al lado de este primer principio dual, generador constante del universo, existen las otras fuerzas que, en el pensamiento popular, son los dioses innumerables, pero que en lo más abstracto de la cosmología náhuatl son las cuatro fuerzas en que se desdobra *Ometéotl* —sus hijos—, los cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua, que actuando desde uno de los cuatro rumbos del universo introducen en éste los conceptos de lucha, edades, cataclismos, evolución y orientación espacial de los tiempos.

En un afán de prevalecer y dominar, cada elemento trata de dirigir por sí mismo la acción vivificadora del sol. Comienzan entonces las grandes luchas cósmicas, simbolizadas por los odios entre *Tezcatlipoca* y *Quetzalcóatl*. Cada periodo de predominio es un sol, una edad. Luego viene la destrucción y el surgir de un nuevo mundo, en el que las plantas alimenticias y los *macehuales* (la gente) parecen ir evolucionando hacia formas mejores. Han terminado así

cuatro soles. El nuestro es el quinto, el de movimiento. En él se ha logrado una cierta armonía entre los varios principios cósmicos que han aceptado dividir el tiempo de su predominio, orientándolo sucesivamente hacia cada uno de los cuatro rumbos del universo desde donde actúan las fuerzas cósmicas fundamentales. Nuestra edad es, pues, la de los años espacializados: años del rumbo de la luz o años de la región de los muertos, años del rumbo de la casa del sol o de la zona azul a la izquierda del sol. Y la influencia de cada rumbo se deja sentir no sólo en el universo físico, sino también en la vida de todos los mortales. El *tonalámatl* es el libro que permite señalar los varios influjos que sin cesar se van sucediendo, de acuerdo con una oculta armonía de tensiones que los astrólogos nahuas —como los de todos los demás pueblos y tiempos— en vano se esfuerzan por conocer y dominar.

El destino final de nuestra edad será también un cataclismo: la ruptura de la armonía lograda. “Habrá movimientos de tierra, habrá hambre y con esto pereceremos.” Pero tal conclusión cósmica de carácter pesimista no sólo no hizo perder a los nahuas su entusiasmo vital, sino que fue precisamente el móvil último que los llevó a superarse en dos formas por completo distintas: los aztecas se orientaron por el camino de lo que hoy llamaríamos misticismo imperialista. Persuadidos de que para evitar el cataclismo final era necesario fortalecer al sol, tomaron como misión proporcionarle la energía vital encerrada en el líquido precioso que mantiene vivos a los hombres. El sacrificio y la guerra florida, que es el medio principal de obtener víctimas para mantener la vida del sol, fueron sus ocupaciones centrales, el eje de su vida personal, social, militar y nacional. Su desviación mística, condensada en la que podríamos llamar “visión *huitzilopóchtlica* del mundo”, hizo de ellos el pueblo guerrero por excelencia, “el pueblo del Sol”. Tal fue la actitud suscitada en lo más representativo de los aztecas por la amenaza del cataclismo final del quinto sol. Mas ésta, como ya se ha indicado, no fue la única forma náhuatl de reaccionar.

Hubo también, ya desde el tiempo de los toltecas, pensadores profundos que se afanaron por hacer frente a la temida destrucción en el marco espacio-temporal del universo, forjando una concepción estrictamente metafísica acerca de la divinidad y de una cierta

supervivencia más allá de este mundo, sobre lo cual se encuentran especulaciones e hipótesis en numerosos poemas nahuas.

Y aunque es indudable que no pocas veces se busca la salvación en las antiguas concepciones religiosas, es también cierto que con frecuencia se expresa abiertamente la duda acerca de ellas, y se plantea el problema de la divinidad y de la supervivencia y destino del hombre en forma claramente racional, prescindiendo hasta donde es posible de los mitos y tradiciones. De tales especulaciones acerca de la divinidad y del hombre, que constituyen lo más elevado del que llamamos pensamiento filosófico náhuatl, es de lo que vamos a ocuparnos en los siguientes capítulos, después de haber puesto ya al descubierto los que parecen haber sido rasgos característicos de la concepción cosmológica de los nahuas.